279

7463

✓

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

LAS MUJERES,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.



MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Facto, núm. 9.
1858.

9

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: *libreria de Cuesta, calle Mayor, num. 2.*

PROVINCIAS.

Albacete.	Perez.	*Motril.*	Ballesteros.
Alcoy.	V. de Martí é hijos.	*Manzanares.*	Acebedo.
Algeciras.	Almenara.	*Mondoñedo.*	Delgado.
Alicante.	Ibarra.	*Orense.*	Robles.
Almeria.	Alvarez.	*Oviedo.*	Palacio.
Aranjuez.	Prado.	*Osuna.*	Montero.
Avila.	Rico.	*Palencia.*	Gutierrez é hijos.
Badajoz	Orduña.	*Palma.*	Gelabert.
Barcelona.	Viuda de Mayol.	*Pamplona.*	Barrena.
Bilbao.	Astuy.	*Palma del Rio.*	Gamero.
Burgos.	Hervias.	*Pontevedra.*	Cubeiro.
Cáceres.	Valiente.	*Puerto de Santa Maria.*	Valderrama.
Cádiz.	V. de Moraleda.	*Puerto-Rico.*	Marquez.
Castrourdiales.	Saenz Falceto.	*Reus.*	Prins.
Córdoba.	Lozano.	*Ronda.*	Gutierrez.
Cuenca.	Mariana.	*Sanlucar.*	Esper.
Castellon.	Gutierrez.	*S. Fernando.*	Meneses.
Ciudad-Real.	Arellano.	*Sta. Cruz de Tenerife.*	Ramirez.
Coruña.	García Alvarez.	*Santander.*	Laparte.
Cartagena.	Muñoz Garcia.	*Santiago.*	Escribano.
Chiclana.	Sanchez.	*Soria.*	Rioja.
Ecija.	Garcia.	*Segovia.*	Alonso.
Figueras.	Conte Lacoste.	*S. Sebastian.*	Garralda.
Gerona.	Dorca.	*Sevilla.*	Alvarez y Comp.
Gijon.	Sanz Crespo.	*Salamanca.*	Huebra.
Granada.	Zamora.	*Segorbe.*	Clavel.
Guadalajara.	Oñana.	*Tarragona.*	Aymat.
Habana.	Charlain y Fernz.	*Toro.*	Tejedor.
Haro.	Quintana.	*Toledo.*	Hernandez.
Huelva.	Osorno.	*Teruel.*	Castillo.
Huesca.	Guillen.	*Tuy.*	Martz. de la Cruz.
Jaen.	Idalgo.	*Talavera.*	Castro.
Jerez.	Bueno.	*Valencia.*	Moles.
Leon.	Viuda de Miñon.	*Valladolid.*	Hernainz.
Lérida.	Zara y Suarez.	*Vitoria.*	Galindo.
Lugo.	Pujol y Masia.	*Villanueva y Geltrú.*	Magin Beltran y compañia.
Lorca.	Delgado.	*Ubeda.*	Treviño.
Logroño.	Verdejo.	*Zamora.*	Calamita.
Loja.	Cano.	*Zaragoza.*	V. Andrés.
Málaga.	Cañavate.		
Mataró.	Abadal.		
Murcia.	Hermanos de Andrion.		

LAS MUJERES,

COMEDIA EN TRES ACTOS, ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

Don Isidoro Gil.

Representada por primera vez en Madrid en el teatro del Circo el 27 de Mayo de 1858.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1858.

PERSONAJES.	ACTORES.
HERMINIA DE SAVIGNY....	Sra. D.ª Teodora Lamadrid.
BLANCA DE NOYAN........	D.ª Carmen Carrasco.
MADAME MAUGRIN........	D.ª Lorenza Campos.
AGUSTINA................	D.ª Felipa Orgaz.
CAMILA..................	D.ª Amalia Gutierrez.
DIANA....................	D.ª Josefa Hijosa.
BERTA....................	D.ª Carolina Molina.
SUSANA, criada............	D.ª E. Campos.
RAIMUNDO DE VILLARS, oficial de zuavos retirado.....	Sr. D. Julian Romea.
EL VIZCONDE DE ROSENTAL....................	D. Florencio Romea.
EL MARQUES DE COTTERAU.	D. Mariano Fernandez.
JORGE DE RETEL, oficial de marina....................	D. Victorino Tamayo.
FURETIERES..............	D. Enrique Arjona.
HECTOR BRIZAC..........	D. Ricardo Morales.
GERVASIO. } Criados........	D. Atanasio Maré.
ANTONIO. } Criados........	D. José Laplana.

La accion en el primer acto, en las cercanias de Nevers en el segundo y tercero en Baden.

La propiedad de esta comedia pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de la galeria dramática y lírica titulada El Teatro, *son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

ACTO PRIMERO.

Un saloncito muy elegante con salida á un parque. La accion pasa en el mes de Marzo, y la chimenea está encendida.

ESCENA PRIMERA.

SUSANA, *á poco* GERVASIO *y despues* ANTONIO. *Susana sentada al lado de la chimenea y leyendo. Al levantarse el telon se oye tocar la campana de la verja del parque. Susana alza perezosamente la vista del libro, mira vagamente á lo exterior y se pone á leer de nuevo. Vuelven á llamar: Susana sin molestarse alarga la mano hácia la chimenea y tira del cordon de la campanilla. Gervasio aparece por la derecha con un periódico en la mano.*

SUS. *(Sin mirarle siquiera.)* ¿No ois que estan llamando á la verja del parque?

GERV. No. *(Sigue leyendo.)*

SUS. Oid. *(Sin mirarle.)*

GERV. ¡Ah! ¡es verdad! *(Conforme está leyendo se acerca á la puerta del foro y llama.)* ¡Antonio! ¡Antonio!

ANT. ¿Qué hay? *(Aparece con unas publicaciones ilustradas, cuyas láminas examina. Parece tambien muy ocupado.)*

GERV. Hay que estan llamando á la verja.

ANT. ¡Toma! ya lo sé: por eso he enviado á Francisco, que debe haber abierto.

613068

SUS. (*Con prontitud y dejando el libro.*) El apoderado de la señora.

GERV. ¿Que viene de Paris sin duda?

SUS. ¡Ay, Jesus! (*Bostezando.*) Si Dios quisiese que trajera malas noticias...

GERV. ¿Cómo?

SUS. Asi tendria necesidad la señora de volver á Paris, ysaldriamos de esta quinta tan pintoresca... (*Bosteza.*) y tan fastidiosa. Ea, ya está aqui. (*Dándose importancia.*) Voy á recibirle. Vos entre tanto, Antonio, id á avisar á la señora.

ANT. Está bien. (*Váse por la izquierda, y al mismo tiempo sale Hector con un criado.*)

HEC. ¡Ah! por fin estoy dentro. (*Sin ver á Susana.*) ¡No es poca fortuna! El diablo me lleve si no creí hallarme en el castillo de los siete durmientes. (*Al criado.*) Tomad, amigo, y encargaos de pagar al mayoral de la innoble carraca que me ha traido arrastrando desde Nevers.) (*El criado se inclina y váse, llevándose el paletot.*)

ESCENA II.

HECTOR, SUSANA.

HEC. (*Tirándose en una butaca.*) ¡Uf! ¡qué cosa tan divertida y amena es el campo en el mes de marzo! (*Viendo á Susana.*) ¡Calla! es Susana. ¡Buenos dias, muchacha! (*Hace un movimiento como para cogerla de la cintura.*)

SUS. No os molesteis. (*Apartándole suavemente.*)

HEC. Pues, señor, bien. (*Repantigándose en la butaca.*) ¿Sabes que cuesta un triunfo el penetrar en casa de tu señora? He llamado cien veces. ¿Habrás dado ya aviso de mi llegada?

SUS. Si, señor, ya han ido á avisar al ama.

HEC. ¿Y qué tal? Debes estar aburrida aqui.

SUS. Todos lo estamos, poco que mucho.

HEC. ¿Y la bella Herminia tambien?

SUS. Tambien.

HEC. Pero dime: ¿está aqui absolutamente sola?

SUS. Punto menos.

HEC. ¿Punto menos?

SUS. Si, porque las dos únicas personas que nos acompañan

no las vemos nunca.

HEC. ¿Quiénes son esas dos personas?

SUS. Dos cazadores frenéticos, que se marchan asi que se pone la luna y no parecen hasta que vuelve á salir. (*Se acurruca cerca de la chimenea.*)

HEC. ¿Y se llaman?

SUS. El marqués de Cotterau, y el señor de Furetieres. ¿Los conoceis?

HEC. De oidas tan solo.

SUS. Pues en viéndolos, ya me direis lo que es bueno.

HEC. No son divertidos, ¿eh?

SUS. No por cierto. El señor Furetieres sobre todo, con su eterno preguntar. Aquello no es hombre, es un punto de interrogacion.

HEC. ¿Y el marqués?

SUS. Ese tambien es un sinapismo, con sus historias de aqui á Rusia. La verdad, yo creo que si la señora se ha retirado aqui, ha sido porque debia estar fastidiada de tanto adorador; eso debe ser.

HEC. Si por cierto, ¿eso ú otra cosa?

SUS. ¿Pues qué si no?.. ¿Qué otro motivo? ¡Oh! Decídmelo.

HEC. Oyes, ¿te vas á volver tú como ese otro señor?

SUS. ¡Calle! Y á propósito, ¿por qué me tuteais?

HEC. Busca y hallarás. (*Riendo.*) ¿Has caido? (*Despues de una pausa.*)

SUS. Dejadme en paz. (*Púdicamente.*)

HEC. Conque vamos á esto. ¿Es verdad que Herminia de Savigny no recibe absolutamente mas que á esos dos originales?

SUS. Absolutamente.

HEC. Señora Susana, habeis vacilado al contestar.

SUS. Nada de eso.

HEC. Vamos, tú no sabes mentir.

SUS. ¿De veras? (*Picada.*) Vos creeis que eso...

HEC. No te enfades, ha sido una broma. En fin, quieres ser discreta; está bien. Tu ama me lo dirá todo. Héla aqui.

ESCENA III.

DICHOS, HERMINIA.

HER. Buenos dias, querido Brizac. Déjanos, Susana. (*Váse*

Susana.) Os he hecho esperar. ¿No me quereis mal por eso?

HEC. Si tal. (*Besándola la mano.*)

HER. Galante como siempre. (*Con indiferencia.*) Debeis estar molido.

HEC. Estoy hecho polvo. Pero hablemos de lo que me trae.

HER. No; hablemos de lo que no os trae. ¿Qué se dice de mi ausencia en Paris?

HEC. ¡Eh! Se pierden en conjeturas: los unos os creen en un convento de carmelitas descalzas: los otros suponen que habitais un palacio de pórfiro en Ispahan, donde como Lady Stanhope, os entreteneis en picar corazones y cortar cabezas. Los abonados á la ópera viendo que vuestro palco continuaba obstinadamente desierto, han tenido la ingeniosa idea de poner una gasa á sus anteojos de teatro, y en fin, el dia de vuestra marcha bajó la Bolsa.

HER. ¡Mil gracias! (*Riendo.*) ¡Vaya si es fina la Bolsa!

HEC. ¿Pero sabeis, mi bella cliente, que vuestra conducta es heróica?

HER. ¡Que si lo sé!

HEC. Resolveros á dejar á Paris, precisamente en la estacion en que es mas agradable.

HER. Era preciso.

HEC. ¿Qué tenias que temer?

HER. Lo que os dije el dia que puse mis intereses en vuestras manos. Tenia el presentimiento de un cataclismo. Vamos á ver, ¿estais bien enterado de la situacion?

HEC. Muy enterado. ((*Suspirando*)

HER. Mi caudal está muy malito, ¿eh?

HEC. Agonizando.

HER. No se comprende que yo me haya dado tan mala maña: porque en fin, os juro que siempre he vivido lo mas modestamente posible.

HEC. Si, con lo extricto supérfluo.

HER. Traeis ahí mis...

HEC. ¿Vuestros papelotes? Si, señora, hélos aqui. (*Sacando un legajo.*)

HER. ¡Bondad divina! ¿Y os habeis leido todo esto?

HEC. Si, todo.

HER. ¡Qué viejo debeis ser!.. Se necesitan años enteros.

HEC. Oh, no, la costumbre. (*Abre un papel.*) Mirad, señora,

aqui teneis un resúmen de la situacion exacta de vuestro caudal.

HER. Bien. Veamos el total...

HEC. ¿El total de qué?

HER. De lo que me queda.

HEC. ¡Os queda, ajustadas cuentas, trece mil trescientos treinta y tres francos!

HER. ¡Eso por junto!... ¡Pues estoy lucida! Pero señor, ¿cuánto he gastado yo entonces en el transcurso de estos ocho benditos años?

HEC. Unos ochocientos seis mil francos.

HER. Lo cual hace al año...

HEC. Cien mil setecientos cincuenta francos, y al mes ocho mil trescientos noventa y cinco francos y ochenta y tres céntimos.

HER. ¡Já! ¡já! ¡já! (*Riendo.*)

HEC. ¿Os reis? (*Admirado.*)

HER. (*Riendo mas aun.*) Es una idea extravagante que acaba de pasarme por la cabeza. Me pregunto á mí misma, ¿qué he podido yo hacer con esos ochenta y tres céntimos?

HEC. Limosnas tal vez.

HER. (*Poniéndose séria y levantándose.*) ¡Ah! ¡Señor Brizac! gracias por la lisonja.

HEC. Perdonad...

HER. Estais perdonado. (*Dándole la mano.*)

HEC. (*De pié los dos juntos á la chimenea.*) Gracias, pero concluyamos de hablar de vuestros intereses. ¿Qué pensais hacer?

HER. ¿Qué pienso hacer? (*Risueña.*)

HEC. Si.

HER. Pienso desempeñarme y rescatar todos mi bienes.

HEC. ¿Con trece mil trescientos treinta y tres francos?

HER. Con trece mil trescientos treinta y tres francos.

HEC. ¿Ha muerto vuestro suegro por ventura?

HER. El señor de Savigni goza de una salud perfecta, y os juro que le deseo con toda mi alma, que siga disfrutando sus ochenta mil francos de renta el mas tiempo posible.

HEC. Pues entonces...

HER. ¿Os gustan las historias?

HEC. ¿Qué decis?

HER. Pregunto que si os gustan las historias.

HEC. ¿Por qué?

HER. (*Se sienta.*) Porque si no os gustan os compadezco, en razon á que voy á contaros una...

HEC. ¿Cuál?

HER. La mia.

HEC. ¿Y qué tiene que ver?...

HER. Vais á saberlo. Echad ahí un poco de leña y oid. Ante todo, es preciso que sepais, querido Brizac, que yo perdí á mi madre al nacer, y que mi padre volvió á casarse á los dos años de haber enviudado. Paso por alto todo lo que yo he sufrido en mi niñez. Mi madrastra nunca se ocupó de mí mas que para reñirme. Una de sus temas era la mas insoportable para mí.

HEC. ¿Queria persuadiros de que erais fea?

HER. Justamente. Por fortuna, mi espejo se encargó de desengañarme. Llegué á cumplir los quince años, y á esa edad me atrevo á aseguraros que era bastante linda.

HEC. No os tomeis el trabajo de jurarlo.

HER. Madame de Presle, mi madrastra tenia entonces treinta años, y era una mujer á la moda. El dia que yo eché de ver que mi belleza podia eclipsar la suya, tomé el partido de llamarla madre en todas partes, de prodigarla muchas caricias, y publicar mi edad á son de trompeta, poniéndome algunos años mas para hacerla vieja.

HEC. No era mal medio.

HER. Mi madrastra se puso furiosa, y desde aquel momento proyectó casarme para vengarse.

HEC. Veo que era un duelo á muerte.

HER. Con armas iguales... éramos tan hipócritas la una como la otra. Durante una ausencia de mi padre, nos fuimos á Bretaña y allí conocimos á monsieur de Savigny, hombre distinguido, y de un gran caudal; apasionado por la caza. Para abreviar, gracias á los manejos y arterías de mi madre política, Savigny llegó á ser mi marido, habiendo mi padre decretado nuestra union. Cinco años despues, de resultas de un accidente ocurrido en una caceria, quedé viuda...

HEC. Pero en todo eso no veo...

HER. Aguardad. (*Acercándose mas.*) Cuando yo era niña, una señora, que habitaba la casa de campo contigua á la nuestra, me tomó gran cariño. Esta señora se llamaba

Madame Retel, y tenia un hijo que me llevaba un año no mas de edad. De aqui se siguió que nos tratásemos, nos cobrásemos aficion, y fuésemos amigos de infancia hasta el dia en que Jorge entró en el colegio naval de Brest.

HEC. ¡Jorge de Retel! ¿Su madre vive cerca de aqui, en Nevers?

HER. Si.

HEC. Es un jóven de buena figura, teniente de navio y heredero en el dia de unos cuarenta mil francos de renta, de resultas de la reciente muerte de su tio.

HER. Eso es.

HEC. ¿Y no le habeis vuelto á ver?

HER. Despues de doce años, hará tres que nos encontramos frente á frente en un baile por suscricion... Renovóse al punto nuestra antigua amistad; la suya sobre todo, viva, espansiva, apasionada.

HEC. En fin, os habló de amor...

HER. Mejor aun... me habló de casamiento.

HEC. ¡Diantre!.. ¡Pero por aquella época era un mal partido! ¿Y vos, qué respondisteis?

HER. No le desalenté, porque sentia orgullo en verme amada por un hombre franco y leal, yo que hasta entonces no habia sido amada realmente por nadie en el mundo... y ademas casarme con un hombre pobre siendo yo rica, era una idea que me sonreia.

HEC. ¿Y bien? (*Cogiéndola las manos.*)

HER. Y bien... (*Levantándose.*) El mismo dia en que iba á decidirme espiraba el término de la licencia de Jorge, y no pudiendo casarnos en veinticuatro horas, nos juramos fidelidad eterna, nos dimos el anillo de desposados, y de allí á tres dias él se embarcó.

HEC. ¿Pero os habeis escrito?..

HER. ¡Ya os podeis figurar! Hará cosa de año y medio que regresó. Yo me hallaba en Alemania, y precisamente cuando se disponia á reunirse conmigo, estalló la guerra de Crimea, lo cual le obligó á volverse á su departamento inmediatamente: pero á poco recibí una carta suya anunciándome su próxima venida, y desde entonces resolví venir á aguardarle cerca de su madre: este es el secreto de estar yo aqui.

HEC. ¿Y en fin?..

HER. En fin... La venida de Jorge se ha ido retrasando, y un dia tras otro se han pasado asi seis meses aguardándole... Por fin, hace cinco dias que ha llegado... Viene lo mismo, tan cariñoso, tan bueno, tan enamorado...

HEC. ¿Y cuándo va á ser la boda?

HER. Está noche os lo diré, porque no nos hemos visto todavia mas que dos veces, en presencia de su madre, y hoy le aguardo á él solo...

HEC. Ahora me explico la indiferencia con que hablabais de vuestra ruina, puesto que vais á ser tan rica como lo habeis sido hasta aqui; ¿pero sabeis que la tal boda os va á costar cara?

HER. ¿Qué me ha de costar?

HEC. Ochenta mil francos de renta, ni mas ni menos.

HER. ¿Cómo asi?

HEC. Es bien sencillo... Monsieur de Savigny, vuestro suegro ha testado en vuestro favor, con la condicion de que no habiais de dejar nunca el apellido de su hijo.

HER. ¡Oh! El señor de Savigny hará lo que quiera de sus ochenta mil francos, y yo me casaré con Jorge, si él es tan desinteresado en el dia como yo lo fuí hace tres años... Porque habeis de saber, amigo mio, que desde la marcha de Jorge he interrogado á mi corazon, y lo que yo habia creido aficion y afecto, no era realmente sino un amor verdadero y profundo.

HEC. Bien, bien... (*Levantándose.*) Entonces no os vuelvo á hablar de los ochenta mil francos de renta... el amor no calcula. Nadie mejor que yo desea veros dichosa.

HER. Lo sé, y por eso he querido contároslo todo. Pero venid aqui, mirad hácia la gran calle de árboles de la quinta... ¿Veis ese jóven que llega á caballo?

HEC. ¿Es él?

HER. Si, dentro de dos segundos estará aqui.

CRIADO. El señor de Retel. (*Anunciando.*)

HEC. Entonces os dejo, y voy á ponerme en traje mas presentable.

HER. Buenos dias, querido Jorge. Enseñad á Mr. Brizac su habitacion. (*Al criado.*)

ESCENA VI.

HERMINIA, JORGE.

HER. Llegais á propósito, Jorge, y los oidos han debido zumbaros por el camino, porque hace una hora que se está hablando de vos.

JOR. ¿De veras? (*Besándole la mano.*)

HER. Si, estaba aqui revolviendo las cenizas de lo pasado con un amigo mio.... que lo será tambien vuestro, si gustais. (*Despues de un momento.*) ¿Jorge?

JOR. ¿Qué?

HER. ¿Qué teneis?

JOR. Nada.

HER. Dispensad, eso no es cierto... Vamos á ver, ¿teneis alguna confianza que hacerme?

JOR. ¿Confianza?... No. (*Cortado.*)

HER. La ocasion no es propicia á lo que parece... la ocasion.... ó la confianza?

JOR. ¡Ah, querida Herminia!

HER. Bien está... aguardaremos.

JOR. ¿Qué me deciais cuando entré? (*Distraido.*)

HER. ¿Tan pronto se os ha olvidado? ¡Decia. . que estaba removiendo las cenizas de lo pasado, Jorge!

JOR. Si... me acuerdo. (*Con emocion.*)

HER. ¿Sabeis lo que no se borrará nunca de mi memoria? Pues son estos seis meses invertidos en aguardaros al lado de vuestra pobre madre... porque no sabiamos lo que habia sido de vos... y no pensábamos en la cosa mas sencilla del mundo, en las exigencias del servicio, ni en los vientos contrarios, nuestro cariño no veia en aquella tardanza sino los riesgos que podiais correr.

JOR. ¡Amiga mia! (*Cuya emocion y cortedad van en aumento.*)

HER. En esa época el incidente mas insignificante... (*Levantándose.*) era para nosotras un motivo de susto y de llanto... (*Acercándose á la ventana.*) Mirad, una tarde, en este mismo sitio, estando las dos asomadas á ese balcon, vimos pasar á un campesino cantando en direccion hácia el pueblo, y con el silencio de la noche pudimos oir perfectamente su cancion. ¡Oh! ¡no se me olvidará en mi vida la tal cancion!

JOR. ¿Qué era?

HER. Era la historia de un grumete que se habia separado de su madre, á la cual no debia volver á ver... y todo esto dicho... en un estilo tan natural... tan sencillo! Y luego el navio daba en unas rocas, y naufragaba no sé dónde... y tenian que echar suertes, y el grumete era comido por sus compañeros... (*Riendo y llorando á la vez.*) ¡Qué tonteria!... Tadavia lloro acordándome de la dichosa cancion... apuesto á que vais á burlaros de mí.

JER. (*Con cierta exaltacion.*) ¿Yo?... burlarme de vos? ¡De las lágrimas que vos y mi madre derramabais por el pobre desterrado!! ¡Oh! no, no me burlo, porque yo tambien he pasado mis horas de desaliento; y muy á menudo, cuando todos dormian á bordo, yo, solo y pensativo sobre la cubierta del buque confiado á mi mando, seguia con ojos ávidos las nubes que se deslizaban hácia el occidente. (*Jorge pasa á la chimenea. Herminia le sigue y repara en su afliccion.*)

HER. ¿Qué significan esas lágrimas, Jorge? ¿Qué teneis?

JOR. (*Estallando.*) Tengo... tengo... que mañana dejo la Francia para siempre.

HER. ¿Mañana dejais la Francia? ¿Qué decis? ¿Os habeis vuelto loco?

JOR. (*Conmovido.*) No, Herminia, no estoy loco. (*Le enseña un papel.*) Leed si no.

HER. (*Leyendo.*) ¡Bien!... ¿Y qué es esto?...

JOR. Es mi nombramiento para un cargo que he solicitado... Voy á la Guadalupe.

HER. ¿A la Guadalupe?... ¿Y qué vais á hacer allí?

JOR. No lo sé... voy, creo, en clase de ayudante del gobernador.

HER. ¿No sabeis?... ¿creeis? ¿Pero señor, qué lúgubre farsa me estais representando?... ¿Es alguna prueba?... Jorge, ¿es por mí todo esto? ¿Os han hablado mal de mí?.. ¿Os han dicho que tengo algun amante? ¡Oh, no es cierto, os lo juro por la vida de mi madre!

JOR. ¡No, amada Herminia, no me han dicho nada de eso!

HER. (*Agitada.*) Pues entonces, ¿qué hay?.. ¿qué os ha dado?... ¡Ya podeis suponer que no os he de dejar partir asi. ¡Hablad!... ¡lo exijo!.. ¿Ois, Jorge? lo exijo. (*Con fuerza.*)

JOR. ¡Herminia, os suplico por Dios!...

HER. (*Con rabia.*) ¡Vuelta! ¡Ah, esto es ya ridículo! (*Se sienta.*) Jorge, me estais haciendo mucho mal, os lo aseguro... por última vez, ¿qué hay?

JOR. (*No pudiendo mas.*) Hay... hay... que estoy sufriendo mas de lo que pudieran deciros... que soy un hombre de bien... que... en fin... que es preciso que me vaya; porque si me quedo... me quitaré la vida. (*Dejándose caer de rodillas.*)

HER. ¡Jorge!.... (*Despues de una pausa.*) ¡Vos ya no me amais!

JOR. ¡Amiga mia! (*Queriendo besar su mano.*)

HER. (*Conmovida.*) Vos ya no me amais... ¡y amais á otra! (*Jorge calla y se levanta.*) Esto es lo que es, y ahora lo comprendo todo. Como vos me estimais demasiado para venir á ofrecerme un corazon que no me pertenece; como sois un hombre de honor, y no quereis faltar á la promesa que me habeis hecho, dando vuestra mano á otra, no habeis encontrado mejor medio que expatriaros para poneros en paz con vuestra delicadeza y vuestra conciencia! (*Movimiento de Jorge.*) ¿Vamos, no es verdad que he acertado?

JOR. ¡Herminia!

HER. (*En la chimenea, sacando de un neceser un paquete de cartas, y entregándoselas con una emocion febril reprimida.*) Ahí teneis vuestras cartas. Vuestro anillo. (*Quitándose la sortija del dedo.*) Estais libre.

JOR. Herminia, apenas me atrevo á levantar los ojos hácia vos.

HER. ¡Tanto temeis ver lágrimas en los mios!

JOR. ¡Oh! ¡sed generosa!

HER. (*Con frialdad.*) Me parece que lo soy.—¡Ah! Jorge, ¿tendreis la bondad de devolverme tambien mis epístolas, sí? es inútil que....

JOR. Tomadlas. (*Dándoselas.*)

HER. ¡Ah! (*Tomándolas.*)

JOR. Queria dejárselas á Susana al marcharme... Era preciso preverlo todo... Yo podia morirme en el viaje, y no queria que...

HER. (*Interrumpiéndole.*) Gracias. (*Coge el paquete de cartas, le tira sobre la mesa y bebe un vaso de agua.*)

JOR. (*Acercándose.*) ¿Os poneis mala?

HER. No... no es nada....

JOR. (*Muy conmovido.*) ¿Continuareis siendo mi amiga?

HER. ¿Por qué no?

JOR. (*Suplicante.*) Herminia, dadme la mano.

HER. Mas tarde. (*Alejándole con el ademan, suavemente.*) ¡Otro dia, Jorge! ¡Qué! ¿os vais? (*Viéndole que toma el sombrero.*) ¿Por qué causa?.. Si ya no habeis de partir para la Guadalupe, no volvereis á Nevers hasta despues de comer, supongo...

JOR. Dispensadme, pero...

HER. (*Con alegria forzada.*) Vamos, Jorge, dejad esa cara afligida. ¿Os quereis marchar porque me he negado á daros la mano? Vaya, héla aqui... tomad... (*Dándole la mano.*) Comereis conmigo, ¿no es verdad?... Está dicho... nos acompañará mi apoderado Hector Brizac.... yo os presentaré á él... si quereis emplearle en algo... (*Vá y viene mientras hablan.*) ¿Teneis miedo al frio?... (*Acercándose á la ventana.*) podriamos dar una vuelta por el parque.... ¡Calle! justamente está lloviendo. (*Volviéndose.*) ¿Sabeis jugar al wisth? (*Coge un cuaderno de música, que se pone á repasar.*)

JOR. Muy poco. (*Muy cortado.*)

HER. Es lástima. (*Junto al piano.*) ¿Con quién os casais?

JOR. (*Levantándose, cogiéndola de la mano, y obligándola á volverse.*) ¡Oh, no mas por Dios! Herminia, no puedo continuar en esta situacion tan cruelmente ridícula. Es preciso que os hable, que os diga...

HER. ¿Qué podriais decirme? Antes me amabais... y ya no me amais... pues está todo dicho.

JOR. No, no está dicho todo; porque soy menos culpable de lo que vos suponeis.

HER. ¿Pero hay tal? ¿quién os acusa?

JOR. Yo, yo mismo, y vos no podeis impedir que me justifique.

HER. Dejemos eso, amigo mio. (*Rechazándole suavemente. Sé sienta.*)

JOR. No, no .. no quiero que me detesteis algun dia despues de haberme amado tal vez.

HER. Tal vez. (*Sonriendo; se levanta.*)

JOR. ¡Herminia!... (*Con ternura.*)

HER. (*Con dolor.*) ¡Jorge! ¡me habeis hecho mucho daño! Yo me créia mas fuerte, os lo juro. (*Déjase caer en un

asiento con la cabeza entre las manos.)

JOR. ¡Si supierais cuánto es mi pesar!... (*Acercándose á ella con cariño.*)

HER. Ya se pasó... estas lágrimas me han aliviado; pero vos teneis que hablarme, que contarme algo... (*Riéndose.*) os escucho... Está visto que hoy es dia de historias. Pero decid, decid, Jorge, os oiré con mucho gusto.

JOR. Acordaos del dia en que nos volvimos á encontrar en Paris hace tres años. Os debí parecer muy aturdido y deseoso de lanzarme en el torbellino del mundo.

HER. Asi fué.

JOR. Pues bien, queria aturdirme.

HER. ¿Para qué?

JOR. Para olvidar...

HER. A una mujer.... ¿Amabais ya á otra cuando os dirigisteis á mí?

JOR. Dejadme continuar. Me oiriais decir por aquella época que antes de venir á Paris habia pasado algunas semanas en el campo.

HER. Al lado de vuestra madre.

JOR. No, en casa del conde de Noyan.

HER. ¡El conde de Noyan! ¿Que ha muerto hará año y medio, dejando una viuda jóven, rica y bonita? Bien. ¿Y os enamorasteis de la condesa? Acabad.

JOR. Yo queria sofocar aquella pasion, y despues de haber dado un abrazo á mi madre corrí á Paris á lanzarme en medio de los placeres.

HER. ¡Ah! Perfectamente.

JORGE. Herminia, cuando yo os dije que os amaba, cuando os supliqué que me concedierais vuestra mano, iba de buena fé, os lo juro, decia con sinceridad lo que pensaba. Me creia curado; pero asi que me vi otra vez en el mar, entregado á mí mismo...

HER. Si, si, comprendo.

JOR. Diez y ocho meses despues regresé á Francia; quise veros, quise suplicaros que no retardásemos nuestro enlace; pero al llegar á Nevers supe que vos estabais en Alemania y que el conde de Noyan habia muerto.

HER. ¿Y entonces volvisteis á ver la condesa.

JOR. Si, antes de mi marcha á Crimea.

HER. Proseguid.

JOR. No me atrevo.

HER. ¿Por qué? Temeis renovar mi dolor. El mal está ya hecho, Jorge. He sufrido, he llorado... y estoy mucho mejor. Desde vuestra llegada á Nevers habeis vuelto á ver á la de Noyan, la habeis hablado de vuestro amor; la condesa os ha oido y os ha amado; ¿hay nada mas natural? (*Se levanta.*) Pero no es cosa de marcharos ni expatriaros por eso, Jorge, yo no quiero.

JOR. ¿Y qué he de hacer?

HER. Casaros con la mujer que amais.

JOR. ¡Herminia!

HER. Hacedlo, y sed dichoso.

JOR. ¿Y no os volveré á ver? (*Con viveza.*)

HER. Si tal. La de Noyan puede haberme quitado vuestro amor, pero yo quiero conservar vuestra amistad.

JOR. ¡Dios mio! Estais muy pálida.

HER. No es nada, tengo la cabeza un poco pesada. Hacedme el favor de abrir ese balcon para que entre el aire. Y es verdad que desde aqui se ven los chapiteles del castillo de Noyan. ¡Conque es decir que mientras yo os estaba aguardando vos pasabais los dias al lado de ella! ¡Válgate Dios! Me lo hubieran dicho, que no lo hubiera creido. Pero la condesa os aguarda á su vez, y yo no debo deteneros.—¿Y cuándo es la boda?

JOR. ¿No os he dicho que tengo que marcharme?

HER. ¿Por qué? Si ahora todo está arreglado.

JOR. ¡Ah! es que si no cumplo esa órden y me pongo mañana en marcha, tengo que presentar hoy mismo mi dimision.

HER. ¿Vais á dejar el servicio?

JOR. Con disgusto, pero es necesario ese sacrificio; y lo que mas siento es que mi madre consentirá con dificultad en ello.

HER. ¿No es sabedora de vuestra resolucion de ir á la Guadalupe?

JOR. No.

HER. ¿No le habeis confiado vuestro amor á la condesa?

JOR. No.

HER. ¿De suerte que sigue en la creencia de que debeis casaros conmigo?

JOR. Si; y os quiere tanto, y estaba tan consentida en ello, que nunca me atreveré á decirla lo que acaba de pasar.

entre nosotros.

HER. Pues bien, Jorge, yo me encargo de decírselo todo.

JOR. ¿Vos?

HER. No quiero ser causa de un disgusto entre vuestra madre y vos. Sabré hacerla comprender que sereis feliz con la condesa, y por lo que hace á esa dimision... yo tengo buenas relaciones y algun influjo... hablaré... daré pasos...

JOR. ¡Oh! pero... yo no puedo aceptar.

HER. (*Llamando.*) Lo exijo. (*Cambiando de tono y escribiendo.*) Decidme: ¿no habeis dicho nunca á la de Noyan lo que mediaba entre nosotros?

JOR. Nunca.

HER. Pues mirad, no teneis necesidad de decirla nada, porque podria recelar de mí, y yo no quiero. (*Al criado que sale.*) Id á llevar esta carta al castillo de Noyan.

JOR. ¿Qué significa?...

HER. Es una esquela rogándola que venga á comer en nuestra compañia. ¿No quereis que conozca á la condesa, para poder hablar de ella á vuestra madre?

JOR. Si, por cierto.

HER. ¡Bien! Como el tiempo urge para tomar una resolucion tocante á vos, vais á marcharos inmediatamente á ver á la de Noyan; la pedireis que me dispense de la llaneza con que la trato, abusando de que estamos en el campo, y me la traereis vos mismo aqui.

JOR. ¡Yo?

HER. Sin duda... asi se lo aviso en mi carta.

JOR. ¡Herminia! ¡Y todo eso hareis por mí!

HER. ¡Si, por Dios! ¿Qué ganaria en obrar de otra manera?... Vuestro odio tal vez. (*Se levanta.*)

JOR. ¡Ah! Herminia, en verdad yo no sé cómo...

HER. Vamos, despachaos, y volved pronto.

JOR. ¿Qué podria yo hacer para demostraros mi afecto?

HER. ¡Andad, andad! Ya me dareis las gracias otra vez.

JOR. Adios, adios. (*Besándola las manos.*)

ESCENA V.

HERMINIA, *á poco* SUSANA *y* GERVASIO.

HER. (*Dá algunos pasos inciertos por la habitacion, y en segui-*

da abre el otro balcon, diciendo.) ¡Se ahoga uno aqui! ¡Oh! ¡yo necesito aire... movimiento! (*Llama bruscamente, y salen Susana y Gervasio, cada uno por su lado.*) Avisad inmediatamente al señor de Brizac, y decidle que venga.

SUS. Aqui viene justamente, señora.

HER. Bien está. (*Haciéndoles seña de que se retiren. Los criados se marchan.*)

ESCENA VI.

HERMINIA, HECTOR.

HEC. ¿Qué tal? ¿Habeis quedado satisfecha de la entrevista?

HER. ¡No cabe mas satisfecha!

HEC. ¿Conque el asunto vá bien, eh? (*Restregándose las manos.*)

HER. ¡Viento en popa! ¡Ya veis... un marino!

HEC. ¿Y cuándo es la boda?

HER. ¡Querido Brizac, me estan dando ganas de estrellaros!

HEC. ¡De estrellarme!... ¡Pues me gusta!

HER. ¡Vuestra alegria me ataca á los nervios!

HEC. ¿Pero qué os ha dado?

HER. ¿Quereis hacerme el favor de mirarme bien á la cara?

HEC. ¡Ay Dios mio! (*Mirándola.*) Con efecto, teneis el semblante descompuesto! ¿Qué es lo que ha pasado?

HER. ¡Amigo Hector, estais viendo delante de vos á la mujer mas humillada, mas ofendida de las cinco partes del mundo! ¡Yo me creia amada de Jorge... y Jorge ama á otra!

HEC. ¡Ama á otra! (*Estupefacto.*)

HER. Como lo estais oyendo.

HEC. (¡Diablo!) ¿Pero y la palabra que os habia dado?

HER. ¡Toma! Se la he devuelto.

HEC. ¿Sabe que estais arruinada?

HER. Ya veis que nó, puesto que no se casa conmigo.

HEC. Pero...

HER. Os he dicho ya que yo conocia á Jorge.

HEC. Vamos, esto es un sueño.

HER. ¡Me vais á empezar ahora con frases de melodrama... vos! (*Crispada.*)

HEC. ¡Bueno! ¡La pegais conmigo! Pues yo no soy el que os

ha engañado por cierto...

HER. No faltaba mas.

HEC. (*Riendo.*) Muchas gracias. (*Herminia se vuelve para ocultar sus lágrimas, que no puede reprimir.*) ¡Oh! ¡perdonad; perdonad, señora, lo estoy tomando á risa y vos...

HER. ¡Eh! ¡os habeis vuelto loco! ¡Yo no lloro! (*Haciendo por contenerse.*)

HEC. (*Bruscamente.*) Si tal que llorais; dejad, dejadlas correr. Eso alivia.

HER. ¡Oh! ¡cuántas conozco yo que se moririan de gozo si me viesen en este momento! (*Enjugándose los ojos.*) Guardáoslo para vos al menos.

HEC. ¡Señora!

HER. Bien que si llegais á decir que me habeis visto llorar, yo diré que no es cierto. (*Cambiando de tono repentinamente.*) ¿Conque tan bonita es esa condesa de Noyan?

HEC. ¡Ah! ¿Es la condesa de Noyan?

HER. Hace una hora que os lo estoy diciendo.

HEC. Pues ahora lo entiendo menos; una hermosura de las mas vulgares.

HER. ¡Qué ingenioso es eso! Si no la habeis visto nunca.

HEC. Pero he oido decir....

HER. Dejadme en paz.... (*Encogiéndose de hombros.*) como si yo no la conociera... es bonita, muy bonita, sabedlo... Y vos sois un pobre hombre, si creeis que con eso me consolais. (*Vá á la chimenea. Cambiando de tono.*) ¡Ay, pobre Hector, qué domingo os estoy haciendo pasar! (*Le dá la mano.*)

HEC. Pero... cuando Jorge os ha hecho esa inexplicable confesion, ¿qué le habeis respondido?

HER. Le he convidado á comer.

HEC. ¿Eh? (*Estupefacto.*)

HER. Os digo que le he convidado á comer... ¡ah! he hecho mas... Le he prometido ser amiga de la de Noyan.

HEC. ¿Vos?

HER. Si: yo, yo. La de Noyan estará aqui dentro de una hora, y esta noche seremos las dos amigas íntimas... ó poco he de poder... ¿Qué tal?

HEC. ¿Vos habeis hecho eso?

HER. Yo misma.

HEC. Pues, señor, no lo entiendo.

Her. Ni yo tampoco... ¡Pero me haceis gracia, vos!.. ¿Creeis que está uno seguro de lo que se hace ni de lo que se dice á poco de haberse caido de un quinto piso á la calle, y no haberse estrellado por milagro?... Pues de mas alto que eso he caido yo... no hace un cuarto de hora.

Hec. ¿Y dejareis que esa boda se efectúe?

Her. ¡Qué remedio!... ¿Tengo acaso el derecho de impedirla?

Hec. Veo que no le amabais como deciais.

Her. ¡Que no le amo!

Hec. Sin embargo, ella va á venir y vos la habeis llamado.

Her. Bien, ¿y qué? Vendrá y vos la recibireis... porque yo no estoy en mí... Necesito algunos momentos de reposo.. ¡Oh! yo no sé todavia lo que haré... pero lo que sé de cierto es que aborrezco con toda mi alma á esa condesa de Noyan, y que he de vengarme! ¡Abur! (*Váse precipitadamente.*)

ESCENA VII.

Hector, Susana.

Hec. ¡El chasco no puede ser mas pesado!... ¡Bien decia yo, que era imposible que lo tomase con esa calma! ¡Ello dirá!

Sus. ¡Señorito Hector! (*Viene corriendo.*) ¡Señorito Hector! ¿Quereis decirme por qué está la señorita de tan mal talante, y por qué ha entrado tirándolo todo en su cuarto?

Hec. Yo qué sé. (*Preocupado.*)

Sus. ¿Qué es lo que ha pasado? ¿qué ha habido?

Hec. ¡Oyes! ¿Sabes que te vas pareciendo á ese señor Furetieres, de quien me hablabas hace poco?...

Fur. (*Dentro.*) ¿Venis? ¿Si, ó no?

Sus. Deseabais conocerle... ahí le teneis... ¿No quereis decirme nada? Pues en castigo os dejo solo con esos señores que vienen hácia aqui.

Hec. (Voy á escribir á Paris para que sus acreedores la dejen en paz.)

ESCENA VIII.

DICHOS, COTTERAU *y* FURETIERES, *ambos en traje de caza.*

HEC. (*Se habrá sentado á escribir; incorporándose al verlos.*) Señores... (*Saludándolos.*)
FUR. (*A Gervasio, que está arreglando el fuego.*) ¿Sabeis cómo se llama ese caballero?
GER. No, señor. (*Váse.*)
FUR. ¿Conoceis á ese caballero? (*A Cotterau.*)
COT. No.
FUR. ¿Quién es ese caballero? (*Deteniendo á Susana, que va á marchar.*)
SUS. Es el señor Brizac.
FUR. ¿Y quién es ese señor Brizac?
SUS. ¡Toma! ese señor.
FUR. ¿Qué hace?
SUS. Está escribiendo una carta.
FUR. Pero dime...
SUS. Con permiso, me estan llamando. (*Se escapa.*)

ESCENA IX.

HECTOR, COTTERAU, FURETIERES.

FUR. (¡Esta chiquilla es una fátua!)
HEC. Señores, con vuestra licencia voy á terminar esta carta.
FUR. Proseguid, caballero; tanto mas, que ya no os sobra tiempo si quereis que salga hoy.
HEC. En efecto.
FUR. Si fuese para dentro de la provincia, aun podriais escribir cómodamente; pero como será para Paris, ¿no es verdad? ¿es para Paris?
HEC. Si, señor.
FUR. Entonces no teneis instante que perder, porque en dando las cuatro... y si es algun negocio importante... ¿será algun negocio importante?
HEC. (*Con mucha política y levantándose.*) ¿Es con el señor de Furetieres con quien tengo el honor de hablar?
FUR. Si, señor.
HEC. Me lo presumia.

COT. (*Trayendo á Furetieres aparte.*) Ved lo que haceis, amigo mio, vuestras preguntas son inconvenientes.

FUR. ¿Qué quereis decirme con eso, marqués?

COT. ¡Me gusta! Quiero deciros que teneis una costumbre verdaderamente funesta, á la cual debo yo entre otras cosas, no haber podido cazar ni una pieza...

FUR. ¿Cuándo?

COT. ¿Cuándo?.. Hoy, ayer, antes de ayer, todos los dias... Me voy persuadiendo de que no os corregireis de ella jamás... ¡es una mania incurable, y yo detesto las manias. (*Sentándose á su lado.*) Todavia no se me ha olvidado un magnífico tiro que me hicisteis desperdiciar hará diez años; fué en... aguardad! ¿Fué en el año cuarenta y seis ó en cuarenta y siete?.

FUR. ¿Qué mas dá?

COT. ¡Cómo qué mas dá! ¡Ah! ya me acuerdo, fué en cuarenta y siete, el mismo año en que murió mi mujer. ¿Murió mi mujer en el año cuarenta y siete? Ya se vé, como la tuve tantas veces á las puertas de la muerte... ¡Tenia la pobre una salud tan delicada y un carácter tan malo! Eso le venia de su padre, que era hombre de un genio... ¡La contradiccion personificada! ¡Siempre con pleitos y disputas! me acuerdo que una vez... allá por los años... aguardad. ¿Fué en treinta y ocho ó en treinta y nueve?

FUR. ¿Qué mas dá?

COT. ¿Pues no ha de dar? ¡Ah! ya caigo. Fué en el año treinta y nueve, el mismo en que yo cogí la pulmonia. Por cierto que me la curó Dortain. Ya sabeis, Dortain, aquel médico que estuvo en Nevers... ¡excelente persona!.. Estaba casado con la hija de un intendente, el cual intendente era un buen hombre, pero muy ladron. La culpa la tenia un amigo suyo, un bribon de cuatro suelas que estuvo encausado por el año... por el año... (*Se levanta.*) aguardad!

FUR. ¡Ya aguardo, ya!.. (Este es el que detesta las manias.)

COT. ¡Yo lo veré en los periódicos... porque los guardo todos!.. hago coleccion.

FUR. ¿Para qué?

COT. No lo sé. Figuraos que los tengo en cinco cajas enormes. El conde de Noyan tenia muchas mas. ¡Ese si que era un buen sujeto! ¡No hace un instante que hablabamos

de eso el señor Hugon el escribano y yo! ya sabeis, el marido de aquella que se escapó con un capitan del sétimo de coraceros! ¡Magnífico regimiento! Yo conocia al coronel; nos veiamos todas las noches en casa del gobernador; era tuerto y muy amigo tambien del conde de Noyan... Ese si que por nada en el mundo hubiera consentido en ir á caza con vos.

FUR. ¿Pero quién? ¿El gobernador?

COT. ¡No, el conde de Noyan! Y si le hubieseis hecho perder una liebre como hoy á mi.

FUR. ¿Yo?

COT. ¿Pues quién? ¡La pregunta es chistosa! Veo saltar al animal delante de mí, me echo la escopeta á la cara, mi perro, que conoce mi punteria, sale escapado... A propósito, ya sabeis que es de la casta de Chantilly?

FUR. ¿Quién? la liebre?

COT. No... Pascaró... mi perro. Me le regaló el general Noiziel el mismo año que fué herido en Africa... en 18... ¡aguardad!

FUR. Pero si hablamos de la liebre... ¿Conque tengo yo la culpa de que no la hayais muerto?

COT. Si por cierto, al tiempo de ir á tirar se os ocurre darme en el brazo para preguntarme dónde habia comprado la escopeta.

FUR. Calla, y es verdad; ¿dónde la habeis comprado?

COT. Os he dicho cien veces que en casa de Lepaje en Paris... el año 36, en el mes de octubre, el dia en que levantaron el obelisco de Lucsor! ¡Qué magnífico espectáculo! Mas de trescientas mil personas puestas asi... con la cabeza hácia atrás.

FUR. ¡Si, debia ser muy bonito! Pero vos, que os quejais por lo de la liebre... ¿y la bandada de perdices que me habeis hecho perder?..

COT. ¡Yo!... Esa es buena.

FUR. Al tiempo de ir á apuntar, se os ocurre plantaros delante de mí para contarme una historia.

HEC. (*Que ha concluido de escribir.*) (Veo que Susana tiene razon, y que la caza de Herminia no corre gran riesgo con este par de mozos.) (*Se levanta.*)

FUR. ¡Ah! ¿concluisteis ya, caballero?

HEC. Si, señores, y os ruego nuevamente que me dispenseis, pero como se trataba de los intereses de la señora de

Savigny.

FUR. ¡Ah! ¿vos os ocupais de los intereses de esa señora?

HEC. Si, señor.

FUR. ¿Sois amigo suyo?

HEC. Me honra con ese título.

FUR. ¿Y hace mucho tiempo que la conoceis?

HEC. No, poco, al contrario...

FUR. Entonces no habreis conocido á su marido?

HEC. No, no he tenido ese honor.

COT. (*Encogiéndose de hombros, y mirando á Furetieres.*) (Demonio de hombre!... no hay quien le aguante.) (*A Hector.*) Os ruego que dispenseis á mi amigo, tiene la rabia de preguntar; es su comidilla.

HEC. ¡Oh! eso no importa.

FUR. ¿Sois aficionado á la caza?

HEC. No.

COT. ¡Ah! ¡para aficion la de Savigny! Eso si que podia apostárselas con cualquiera. En cambio su hermano era incapaz de matar una gallina, pero se moria por la música; es verdad que yo tambien: el año pasado estuve abonado en la ópera, al lado de un banquero que ha quebrado este invierno... ya sabeis...

HEC. Eso es muy vago, y no es extraño que confunda...

COT. Si, hombre... uno á quien plantó su mujer asi que le vió arruinado... una rubia muy buena moza... á mí siempre me han gustado las rubias... No es esto decir que me disgusten las morenas... las hay muy lindas, testigo madame de Savigny, que es preciosa.

FUR. Tened paciencia con el pobre marqués, es algo pesado. (*Que ha mirado á Cotterau con ironia. Bajo á Hector.*)

HEC. ¡Oh! eso no importa.

FUR. Pero excelente sujeto! (*Viendo que Cotterau le mira. En voz alta.*) ¿De modo que pasareis aqui algunos dias?

HEC No creo.

FUR. ¿Os habeis encargado por amistad de los asuntos de la señora de Savigny?

HEC. Por amistad y por deber, soy agente de negocios...

FUR. ¿Es buen oficio?

HEC. Eso depende...

FUR. ¿De qué?

HEC. De mil cosas. (¡Vaya un posma!)

ANT. (*Anunciando*) La señora condesa de Noyan, y el señor

de Retel.

HEC. (¡Ah! ¡ah!)

FUR. ¡Calle! ¡La condesa aqui! ¿Cómo es eso? Yo no sabia que se trataba con Herminia.

ESCENA X.

DICHOS, BLANCA, JORGE.

HEC. (¡Cáspita!.. es muy linda.)

FUR.
COT. } Señora... (*Saludando.*)

JOR. (*A Blanca.*) El marqués de Cotterau. El señor de Furetieres.

BLANCA. Señores... (*Sentándose á la izquierda.*)

COT. La señora condesa tendrá la bondad de dispensarnos por estar en traje de caza; ignorabamos su visita, y como la señora de Savigny nos permite...

BLANCA Sentiria en el alma, señores, ser causa de que os apartaseis en nada de vuestras costumbres...

COT. ¡Es preciosa!... (*A Furetieres.*) Me recuerda á una baronesa alemana, cuyo marido era amigo de un oficial de estado mayor prusiano...

FUR. Dejadme en paz con vuestras historias, no hay medio de meter baza. (*A Blanca.*) Esta señora viene hoy por primera vez, segun creo, á la quinta de Savigny?

BLANCA. Si, señor.

FUR. Ya se vé, viviendo tan cerca... el deseo de entablar relaciones con una persona tan amable como la bella Herminia.

BLANCA. El señor de Retel ha venido á buscarme de parte de esa señora.

FUR. (*A Jorge.*) ¡Ah! ¿os ha encargado á vos de esa comision?

JOR. Si, señor.

FUR. (*A Brizac.*) ¿No os sorprende á vos que la de Savigny no haya tenido antes ese deseo?

HEC. No por cierto.

FUR. ¿Si tendrá la condesa intencion de volverse á casar?

HEC. (*Despues de haberle mirado con asombro.*) Lo ignoro; pero si quereis salir de la duda se lo podemos preguntar...

FUR. Eso seria indiscreto.

HEC. ¿De veras, eh?

FUR. Pero seria fácil averiguarlo...

HEC. Si, por medio de su apoderado. . ¿Sabeis las señas de su casa?

FUR. No.

FUR. ¿Las quereis saber?

FUR. Con mucho gusto.

HEC. ¿Sois viudo por ventura?

FUR. ¡Ay!... no señor.

HEC. ¿Pues entonces... á qué?...

FUR. For saber únicamente.

COT. Si, señora, (*Que está hablando con Blanca.*) el conde y yo hicimos conocimiento en Lóndres. Lóndres es una ciudad muy particular... tiene calles muy anchas, y calles muy estrechas...

BLANCA. Como todas las demas. (*Riendo.*)

COT. Mas que las demas, en razon á que es una ciudad muy grande... La magnitud, sin embargo, no constituye la belleza... Yo sostuve esa opinion delante de un guardia de corps que tenia seis pies... Él se enfadó, y tuvimos un lance, en el cual salió herido; por cierto que nos acompañó al tal lance un cirujano, discípulo de Dupuytren, que era hijo de un antiguo fabricante de agua de colonia...

FUR. ¿Quién ha dicho tal cos ?... Era hijo de un abogado.

COT. ¡El padre de Dupuytren!

FUR. ¿Pero quién habla de Dupuytren ahora?

COT. ¡Toma! Vos. Yo hablo de un discípulo suyo, cuyo tio hizo bancarrota, de resultas de la revolucion de 1830; lo cual fué una lástima, porque tenia tres hjos. El mayor, que se llamaba Julio, entró á servir en el ejército; el segundo se hizo boticario, y el tercero se ahorcó.

FUR. ¡Pero hombre, esa no es profesion!

COR. Se ahorcó por unos amores con cierta marquesa austriaca... de... (*Se pone á recordar.*)

BLANCA. (*A Jorge.*) A este paso no hallará nunca el fin.

HEC. (¿Si Herminia no querrá salir á recibirla?)

COT. (*Recordando.*) No, no era marquesa austriaca, era una corista del teatro de...

BLANCA. (*Sonriéndose.*) Perdonad: ya está aqui la señora de Savigny.

HEC. (¡Dios nos tenga de su mano!)

ESCENA XI.

DICHOS, HERMINIA.

HER. (*Dirigiéndose en derechura á Blanca.*) Tengo que pediros mil perdones, por no haberme hallado aqui á vuestra llegada. Permitidme tambien que dé las gracias al señor de Retel por haberme traido á una amiga; porque vos lo sereis mia, lo deseo muy de veras... ¿y vos tambien, no es verdad?

BLANCA. Mas que el tiempo, es la simpatia la que une los corazones, señores.

HER. Por eso sin duda yo os miro ya como una hermana.

COT. (*A Furetieres.*) Pues como decia, el tal oficial prusiano...

HER. (*A Cotterau y Furetieres.*) ¡Oh! dispensad, señores, no os habia visto; pero entre amigos antiguos como nosotros....

BLANCA. (*A Jorge.*) No os habiais engañado. ¡Qué gracia!... ¡qué bondad!

HER. Ahora, señores, debo deciros que hoy tenemos á comer á la condesa de Noyan, á quien recibo por primera vez, y á la cual no quiero hacer un recibimiento de ceremonia. Ha entrado aqui casi como una extraña y quiero que salga como una amiga de muchos años. Y como nada une tanto á dos mujeres como una conversacion á solas....

JOR. (*Sonriendo y haciendo ademan de retirarse.*) Entiendo. Quereis que....

HER. Habeis entendido perfectamente. (*A Blanca.*) Condesa, voy con vuestro permiso á poner á estos señores á la puerta, y soy con vos. ¿Pero... teneis frio acaso?

BLANCA. No.

HER. Pues entonces quitaos eso... (*Blanca se quita el sombrero.*) Señores, hasta despues... (*A los otros.*) No os pedimos mas que una hora para confiarnos nuestros secretos.

HEC. (¡El canto de la sirena!)

COT. (*Que está hablando con Furetieres.*) No, palabra de honor; debeis quitaros esa costumbre. Mirad: me acuerdo que en cierta ocasion... (*Vánse los cuatro.*)

ESCENA XII.

Blanca, Herminia, *haciéndola sentar en el sofá de la izquierda y quedándose en pie.*

Her. ¡Cómo me mirais!

Blanca. Os estaba admirando.

Her. ¿Y por qué? (*Risueña.*)

Blanca. Por mas que haga, jamás lograré yo tener esa gracia, esa soltura, á la cual debeis, segun veo, estar amable con todos, sin dejar por eso de hacer vuestra voluntad.

Her. (*Risueña.*) ¡Oh! pues es una cosa muy sencilla, y que no merece por cierto vuestra admiracion.

Blanca. Siendo asi, yo debo pareceros muy novicia, muy provincial; pero haceos cargo de que me he criado entre dos hombres de edad, amigos del aislamiento; entre mi padre, que avergonzado de su mediania no queria ver á nadie, y el conde de Noyan que, aunque rico, aborrecia la sociedad. De modo que, vergüenza me da el decirlo, á los veinticuatro años estoy tan ignorante de los usos del mundo como una niña que sale del colegio... Poco antes de morir mi padre me casé con el conde, y en todo el tiempo de mi viudez no he salido de mi retiro.

Her. (*Admirada.*) ¿No recibiais á nadie en vida de vuestro marido?

Blanca. En ocho años hemos tenido cinco visitas...

Her. ¿Y en esas cinco visitas contais... las de Jorge?

Blanca. Si por cierto... vino á pasar unos dias con mi marido.

Her. Si, ya lo sé... Jorge me ha contado esta mañana todo lo que á uno y otro os concierne...

Blanca. (*Riéndose.*) Pues os habreis fastidiado.

Her. (*Sentándose.*) No, porque presentia que yo habia de querer mucho á la mujer que él quiere.

Blanca. (*Cogiéndola la mano.*) ¡De veras! ¿os sentis dispuesta á mirarme con cariño? ¡Oh! mucho me alegraria; porque yo, que no os conozco sino desde algunos momentos únicamente, tengo ya en vos una confianza absoluta...

Her. Y haceis muy bien en tenerla, mi querida condesa. (*La aprieta la mano.*)

Blanca. (*Soltando un ay de dolor.*) ¡Ay! ¡qué fuerza teneis!...

HER. ¿Os he hecho daño? ¡Cuánto lo siento!

BLANCA. Con esas manitas... (*Riéndose y mirando la mano de Herminia.*) En castigo me vais á permitir qne os dé un beso.

HER. Con mil amores; pero hablemos de vuestro casamiento... ¿Qué intenciones son las vuestras?

BLANCA. Bien sencillas... Mañana á mas tardar tendré el honor de ser presentada á la madre de Jorge... Él me ha hecho concebir esperanzas de que vos me acompañareis á verla.

HER. Asi es... soy toda vuestra... ¿Y qué mas?

BLANCA. ¿Qué mas?... Nada. Jorge va á presentar su dimision... y dentro de un mes estaremos casados.

HER. ¡Ah! ¿Jorge va á presentar su dimision?... Y asi que esteis casados ¿qué pensais hacer?

BLANCA. (*Riéndose.*) ¡Ser felices! ¡Nos amamos tanto!

HER. No me habeis entendido... Pregunto que cómo pensais vivir.

BLANCA. Pasaremos los cuatro malos meses del año en casa de la madre de Jorge, en Nevers, y los demas vendrá ella á vivir con nosotros en Noyan.

HER. ¿Es decir que teneis la intencion de sepultaros en provincia?

BLANCA. Si por cierto.

HER. Reflexionad, querida condesa, que vuestro marido tiene treinta y un años... que ha llevado hasta el dia una vida aventurera... Es un jóven aun: es á un marino á quien proyectais bruscamente y sin transicion enterrar en un antiguo castillo.

BLANCA. Pero como yo estaré en él...

HER. Hija mia, vos sois jóven, bonita y le quereis mucho, y él os quiere tambien, ya lo sé... pero ni la juventud, ni la hermosura, ni el amor son siempre preservativos infalibles contra esos dos enemigos de la felicidad conyugal que se llaman saciedad y fastidio.

BLANCA. ¡Oh! (*Levantándose.*)

HER. No os ofendais... (*Con viveza y levantándose.*) pero he visto tantos matrimonios destruidos por esos dos venenos corrosivos... (*Las dos bajan hácia el proscenio.*) Durante los primeros meses, Jorge se considerará sin duda alguna muy feliz en encerrarse con vos en ese precioso nido, edificado allá arriba, en el pico dela coli-

na... pero al cabo de un año... (*Movimiento de Blanca.*) de dos si quereis, se acordará el mejor dia que existe un Paris radiante de alegria y de luz... una sociedad brillante, en la cual tanto él como vos teneis marcado vuestro sitio... Soñará, mal que le pese, con los triunfos que le proporcionarian vuestra hermosura y sus riquezas.

BLANCA. ¡Dios mio!... (*Suspirando.*) si llega ese caso... nos iremos á Paris.

HER. Si, pero si os habeis estado siempre metida entre las cuatro paredes de vuestros oscuros torreones...

BLANCA. ¿Qué?

HER. En verdad que no sé si debo continuar, porque lo que me resta que decir os concierne personalmente... y temo herir vuestro amor propio.

BLANCA. ¿No sois mi amiga?

HER. ¿Quereis que sea franca hasta el fin?

BLANCA. Os lo ruego.

HER. Vamos á ver... vos misma acabais de decirme que ignorabais los usos del mundo

BLANCA. Verdad es.

HER. Pues bien, la ciencia del mundo es el resultado de la costumbre, y esa costumbre es la que os falta. Vos sois demasiado bonita y demasiado rica para no excitar muchas envidias á vuestra entrada en el mundo elegante: encontrareis en él enemigas vigilantes que analizarán vuestras menores acciones, vuestras mas sencillas palabras... Ahora bien, es imposible que vos en los principios no falteis á ciertos artículos de ese código convencional que rige en los salones; os encontrareis á disgusto, estareis tal vez atada...

BLANCA. (*Riendo.*) Ridícula... decidlo de una vez... se os está escapando de los labios...

HER. Todos hemos pasado por eso... Cada uno de vuestros descuidos en asuntos de la vida, será comentado de mil maneras, y hábilmente repetido á los oidos de Jorge.

BLANCA. Pues entonces, ya veis vos misma que debo huir de ese mundo de que hablais. ¡Hacer reir á mis expensas! ¡Oh! eso no... ¡Nunca!

HER. ¡Ah! teneis orgullo. (*Gozosa.*)

BLANCA. Tengo el sentimiento de mi dignidad.

HER. Y haceis bien, condesa... ademas que el orgullo no es defecto, es por el contrario una cualidad preciosa. Pero sin embargo, os lo repito, si Jorge, acometido de esa fiebre parisiense, tan general en el dia... quisiese ir allí...

BLANCA. Le dejaria ir solo.

HER. ¿Solo?... ¿Pensais en lo que decis?... ¡El peligro seria cien veces mayor!... porque si Jorge... viéndose libre abusase de su libertad!

BLANCA. ¡Jorge!... (*Centelleándole los ojos.*) ¡enamorar á otra!

HER. ¡Ah! ¿Sois celosa? (*Gozosa.*)

BLANCA. ¡Lo confieso!

HER. Y yo lo comprendo... ¡El amor verdadero es exclusivo! Pero á todo esto, hemos previsto los peligros, pero no buscamos el remedio.

BLANCA. (*Impacientándose.*) ¿Y qué quereis que haga?

HER. ¡Oh! si yo os hubiese conocido hace seis meses, hubierais podido veniros conmigo á Paris antes de la vuelta de Jorge. ¡Si vos supieseis qué imperio tienen sobre los hombres estas palabras: *Mujer de mundo*! Pero por desgracia ya no es tiempo. (*Cambiando de tono.*) ¡Ah! si él no presentase su dimision!

BLANCA. ¡Oh! no digais eso delante de él.

HER. ¿Por qué?

BLANCA. Porque está demasiado inclinado á no abandonar la marina.

HER. En fin, si esa dimision la dejase para un poco mas adelante.

BLANCA. Mas adelante... ¿Para cuándo?

HER. ¿Yo qué sé?... para dentro de algunos meses...

BLANCA. (*Suspirando.*) Algunos meses es mucho tiempo.

HER. Si, pero tiempo puesto á interés, que os produciria muchos años de felicidad. Decididamente y pensándolo bien, Jorge no debe hacer todavia la dimision. (*Jorge aparece.*)

ESCENA XIII.

DICHAS, JORGE.

JOR. ¿Se ha terminado ya la conferencia?

HER. Poco le falta.

JOR. Entonces me escapo.

HER. No, no, quedaos; se os da permiso.

JOR. ¿Qué tenemos? (*A Blanca.*)

BLANCA. Os presento á mi mejor amiga. Todo está convenido; mañana vamos juntas á Nevers á ver á vuestra madre. (*Las dos se sientan en el canapé. Jorge se queda detrás.*)

HER. A ver á vuestra madre, que acabará, estoy cierta, lo que yo he comenzado, haciendo entender á la condesa que no debeis presentar la dimision.

JOR. (*A Herminia.*) ¡Cómo! ¿Vos habeis dicho á la condesa?

HER. Si por cierto.

JOR. Pero....

HER. (*Vivamente.*) ¿Vamos á ver, Jorge, decid con franqueza si os sentis en ánimos de colocaros vos, jóven, discreto é instruido en la posicion de esos hombres inútiles que no figuran en el mundo mas que por la hermosura de su mujer, ó por la importancia de su riqueza? (*Jorge titubea.*) ¿Y si mas adelante, habiendo presentado vuestra dimision llegaseis á arrepentiros de haberlo hecho?

JOR. ¡Arrepentirme! (*Blanca se levanta.*)

HER. ¿Jorge, estais seguro de que algun dia al ver pasar cerca de vos á vuestros antiguos compañeros rodeados de gloria y honores, no sofocareis un suspiro de pena?

JOR. ¡Yo!

HER. (*Bajo á Blanca.*) Lo estais viendo, vacila.

BLANCA. (*Id.*) Es verdad.

JOR. Pero si no hago hoy mi dimision es preciso que me presente en Cheburgo pasado mañana, á mas tardar.

HER. Y si os fueseis á la Guadalupe no podriais, al cabo de un poco de tiempo, separaros del puesto que os han confiado?

JOR. ¡Oh! si, muy fácilmente.

HER. Es decir que podriais estar de vuelta...

JOR. Dentro de cinco ó seis meses.

BLANCA. ¿Cinco ó seis meses? Es una eternidad.

HER. ¡Niña mimada! ¿Qué son cinco ó seis meses si al cabo de ellos está la felicidad. Creedme Jorge, teneis un brillante porvenir que no debeis destruir tan fácilmente. Sois jóven, instruido, animoso; llegareis á los mas altos grados; sereis algun dia capitan de navio, vice-almirante, ¿quién sabe?

Blanca. ¡Oh! si eso fuese asi...

Jor. ¡Os lo pintais todo muy de color de rosa!

Her. ¡Tan poca confianza teneis en vos!.. Llegareis á los mas altos grados en vuestra carrera, creedme, porque para alentaros debeis discurrir de este modo pensando en vuestra mujer. «Antes de pertenecerme llevaba el título ilustre de un anciano, pertenecia por su nacimiento á la aristocracia de su nacion... pues bien! ¡no quiero que me haya sacrificado nada; en cambio de un apellido aristocrático, yo quiero darla un apellido célebre!»

Jor. (*Conmovido y entusiasmado.*) Gracias, Herminia, gracias, teneis razon. ¡Querida Blanca! tomad, ahí teneis la carta que habia escrito al ministro, haced de ella lo que gusteis. (*Blanca mira á Jorge, en seguida á Herminia, y rasga la carta.*)

Her. ¡Oh! decididamente os adoro. (*Levantándose vivamente y con alegria.*)

Jor. (*Estrechando las manos de Herminia.*) Vos la vereis á menudo durante mi ausencia, no es verdad?

Her. ¡Os prometo no separarme de ella!

Jor. Gracias.

ESCENA XIV.

Dichos, Furetieres, Hector, Cotterau.

Fur. ¿Estorbamos?

Her. De ninguna manera. ¿Conque es decir que os marchais? (*A Jorge.*)

Jor. Mañana mismo.... La órden de embarque es terminante!

Fur. ¡Calla! ¿Qué órden?.. ¿Qué es lo que dice?.. Enseñádmela.

Hec. ¡Cómo! ¿El señor de Retel se marcha mañana?

Her. Si, y vuelve dentro de seis meses para ser esposo de la condesa de Noyan.

Hec. Muy bien... comprendo (*Bajo.*)

Cot. ¡Qué oigo! ¿Os vais á casar, condesa?

Blanca. Si, señor.

Fur. ¿Y es con vos?... (*A Jorge.*) ¿Por qué no me lo habiais dicho?

COT. ¡Bravísimo! (*Oyese dentro una campana.*) ¡tocan á comer! (*Le coge del brazo.*) Vamos, Furetieres. Figuraos que acaba de pasarme el caso mas divertido...

GERV. Señora, cuando gusteis.... (*Anunciando.*)

HER. Jorge, vuestro brazo á la condesa? ¡Hector!... ¿Y bien? (*Llamándole y cogiéndole del brazo.*)

HEC. (*Al marcharse con ella.*) ¡Y bien!... Jorge se marcha, la condesa se queda con vos, pero dentro de seis meses...

HER. (*Bajo.*) ¡Dentro de seis meses seré mujer de Jorge!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La sala de reunion de los abonados en Baden.—Canapé á la izquierda.—Vis-á-vis y sillones á la derecha.—Piano en el foro.—En el centro una mesa ovalada con folletos y periódicos.—Ventanas al foro.

ESCENA PRIMERA.

MADAMA MAUGRIN, BERTA, RAIMUNDO, BLANCA, AGUSTINA, DIANA y CAMILA. *Al levantarse el telon aparece Madama Maugrin sentada á la izquierda en el canapé con Berta, á la cual abanica mientras ella borda. Raimundo sentado detrás de ella lee un periódico, Blanca, muellemente recostada á la izquierda del canapé, tiene reclinada la cabeza en Agustina, que se entretiene en ponerla flores naturales en el cabello. Diana toca el piano. Camila en pié delante de un espejo, está poniéndose un sombrero.*

DIANA. ¡Ese sombrero es precioso, querida Camila!

CAM. ¡Si, es bastante bonito! (*Poniéndoselo.*)

AGUST. ¡Oh! la marquesa tiene muy buen gusto.

CRIADO. El carruaje de la señora marquesa está pronto. (*Anunciando.*)

CAM. Amigas, os pido mil perdones, pero me escapo. (*Se dirige al canapé.*)

BERTA. (*Que estaba hablando con su madre.*) Sois una ingrata.

CAM. Vuelvo al momento, pero ¿qué quereis?... Es una idea fija... Se me ha antojado que mi marido compre una

casita suiza en Lichtenthal, como la en que nuestra amada Blanca nos ha recibido esta noche.

AGUST. (*Regañando.*) Si, si, vuestra amada Blanca... ¡mirad qué ojeras tiene!

CAM. ¡Ay! querida Agustina, vos siempre estais gruñendo, por una miserable noche...

AGUST. Pasada en claro como tantas otras.

CAM. (*A Agustina.*) En primer lugar, ¿qué mal hay en que tenga ojeras?... Si al cabo y al fin está bien con ellas... ¡Cuidado si es bonita este horror de mujer! (*La besa.*)

DIANA. (*Tocando, y en tono burlon.*) ¡Ay! ¡Jesus! Cuánto diera yo porque me quisieran asi... (*Risas.*)

CAM. (*Riéndose y encogiéndose de hombros. A Blanca.*) Decidme, hermosa mia, ¿en cuánto os ha venido á estar vuestra casita suiza?

BLANCA. En unos treinta y siete ó treinta y ocho mil francos.

CAM. ¿Con muebles y todo?

BLANCA. No... sin muebles...

CAM. ¡Friolera! si sigo asi, mi marido va á tener que echarse á los caminos este invierno.

BLANCA. Ya sabeis, Camila, que esta noche tenemos música alemana, y en seguida hemos dispuesto una partida para ir todas á cenar al castillo viejo.

AGUST. ¿Tambien esta noche?

BLANCA. Agustina, por Dios, dejaos de sermones. (*Váse Camila.*)

ESCENA II.

DICHOS, *menos* CAMILA.

AGUST. (*Que ha subido hácia el foro.*) Diana, oid, ¿no es el vizconde de Rosental aquel que va allí?

DIANA. (*Mirando afuera.*) Paseando con la duquesa de Villemare... Si, el mismo.

AGUST. Parece que va arrastrando una cadena.

DIANA. La duquesa le tiene siempre cosido á las faldas, apenas si le permite saludar á otra mujer.

AGUST. ¿Conque tanto le quiere?

DIANA. ¡Está loca!

RAIM. (*Bostezando en su butaca, y tarareando en voz baja.*) Mambrú se fué á la guerra... mirondon... mirondon... mirondena!

MAUG. ¿Qué hay? (*Volviéndose.*)

RAIM. (*Levantándose.*) Nada, madre política, nada, estoy matando el tiempo.

MAUG. En verdad, señor yerno, que cualquiera creeria que no habiais frecuentado la buena sociedad antes de casaros.

RAIM. ¡Ay! amada suegra, recordad que hace ya cinco años que nos conocemos, y que llevo ocho meses de casado... no mas.

MAUG. Desde que estamos en Baden no haceis mas que bostezar.

RAIM. ¿Qué quereis? Yo no he pedido mi absoluta para venir á Baden... porque no entiendo asi la vida del campo.

MAUG. Haberlo dicho en Paris, antes del viaje.

RAIM. (¡Otra te pego!.. Buena se hubiera puesto.)

MAUG. ¡Como somos tan déspotas mi hija y yo!

RAIM. Yo no hablo de Berta, señora.

MAUG. ¡Señor yerno!

BERTA. ¿Qué es eso?

MAUG. Tu marido que me echa en cara los gastos que hemos hecho para venir aqui.

RAIM. ¡Otra te pego! Yo no echo en cara nada...

MAUG. Ademas, que si hemos venido á Baden, no ha sido por mi gusto.

RAIM. ¿Habrá sido por el mio?

MAUG. ¿Y la salud de vuestra mujer?

RAIM. No hablemos de salud en Baden... aqui todo el mundo la goza perfecta.

MAUG. Si, pero el médico lo dispuso...

RAIM. Por daros gusto á vos.

MAUG. Y aun cuando asi fuese. ¿No soy la madre de vuestra mujer? Si vos la quisieseis realmente me querriais á mí tambien.

RAIM. Pero si yo os quiero, amada suegra, os venero. Si lo exigis haré que os erijan altares, y que inmolen en ellos yernos de todos los colores.

MAUG. No os vuelvo á dirigir la palabra. (*Raimundo se entrega á su lectura.*)

DIANA. Querida Blanca, estoy pensando una cosa. ¿Cómo es que el vizconde de Rosental ha asistido á vuestro baile, cuando no habiais convidado á la duquesa de Villemare? Porque no la habeis convidado, segun creo?

BLANCA. No por cierto. Esa señora ha tenido la impolítica de desairarme una vez.

AGUST. Se desdeña...

MAUG. ¡La tal duquesa! (*Yendo adonde está Blanca.*)

BERTA. (*Dando con el abanico en el periódico que lee Raimundo.*) ¡Eh! amiguito, ¿has resuelto no hablarme hoy?

RAIM. Di que no hay medio. Tu madre no se separa de tí un minuto. Parece que tiene miedo de que te coma.

MAUG. (*Muy tiesa.*) No es eso, señor mio; yo no os he acusado todavia de antropofagia!

RAIM. ¡Pues es extraño!

MAUG. Pero me parece que una madre tiene derecho de hablar á su hija.

RAIM. Y á mí me parece que un marido debe tener el de hablar á su mujer, voto al chápiro!

BERTA. ¡Raimundo!

MAUG. ¡Deja, deja, hija mia, es un chiste que nos ha traido de Africa!

RAIM. Es cosa de tentar la paciencia á un santo, porque al fin, ¿quién de nosotros dos es el marido? ¿Vos ó yo?

MAUG. ¡Vos! (*Con un suspiro de resignacion.*)

RAIM. ¡Y lo decis suspirando! Comprendo que cuando Berta era chiquita se quisiese casar con su mamá, como hacen todas las niñas; pero ya que es grandecita y que es mi mujer, por mas que vos hagais...

MAUG. ¿Cómo, cómo, qué es eso de que por mas que yo haga? ¿Quereis dar á entender que yo soy la tea de la discordia?

RAIM. ¿La tea? yo no sé si ese es el nombre, pero...

BERTA. (*Dándole la mano.*) Vamos, no te incomodes, si yo te quiero.

MAUG. No, no temas; el señor lo sabe demasiado; no haces mas que repetírselo todo el santo dia.

BERTA. Pero... mamá.

RAIM. ¿Y hace mal en eso por ventura?

MAUG. Quién sabe; los hombres estan siempre dispuestos á abusar del amor que se les tiene.

RAIM. ¡Ah! ¡otra te pego! No haya miedo que vos me dejeis que abuse.

MAUG. Si estorbo, no teneis mas que decirlo y me volveré á Paris.

BERTA. Mamá... vamos. (*La acaricia.*)

RAIM. ¡Eso es, yo soy el que tiene la culpa, soy un tirano, un desalmado, un bandido!

MAUG. Hacedme el favor de callar, aunque no sea mas que por consideracion á vuestra mujer.

RAIM. (¡Prefiero los kabilas!) (*Tararea bajo. Se levanta y vá á hablar con Diana. Madame Maugrin dejando sola á su hija se sienta un momento al lado de Blanca.*)

DIANA. (*Hablando con Raimundo.*) ¿Me han dicho que jugais mucho?

RAIM. ¿Qué he de hacer?... mi suega está siempre entre los dos, y me tiene monopolizada mi mujer. Estoy solo... me aburro... juego...

DIANA. Y perdeis.

RAIM. Naturalmente.

BERTA. ¿Oye, Raimundo? (*Raimundo se acerca á su mujer, baja la cabeza para oir lo que va á decirle, y viéndola sola quiere besarla la mano. Madame Maugrin al oirle llamar acude y se interpone.*)

MAUG. ¡Caballero... eso es indecente! (*Bajo.*)

RAIM. ¡Indecente!... ¡besar la mano á mi mujer!...

MAUG. Delante de la gente, si, señor... A que no habeis visto hacer eso ni al marqués de Cotterau ni al señor de Furetieres?

RAIM. Yo lo creo; no estan nunca con sus mujeres, ni de dia ni de noche...

MAUG. ¡Es porque ellos son gente bien educada!... solo un militar viejo seria capaz...

RAIM. ¡Viejo! ¡viejo! cualquiera al oiros creeria que yo habia servido allá por vuestros tiempos... cuando la guerra del Rosellon... Ya sabeis...

MAUG. Señor yerno, hacedme el favor de no burlaros de mí. Puede no quererse á una suegra, pero se la respeta por lo menos...

RAIM. Pero si os respeto, señora madre política... ¡Oh, pues si no os respetára!

MAUG. Ya sé que de buena gana me dariais á todos los diablos.

RAIM. (¡Oh, á uno solo me bastaba!)

MAUG. Pero cómo ha de ser... Teneis que aguantarme, en razon á que yo no puedo vivir sin mi hija, y para el poco tiempo que me queda que estar en este mundo...

RAIM. Pues señor, hasta ahora disfrutais de muy buena salud.

MAUG. ¿Os pesa?

RAIM. No tal.... pero en la mesa no he hecho hoy mas que partiros pan....

MAUG. (*Indignada.*) ¡Eso es, ya no os faltaba mas que contarme los bocados! (*Se separa de él.*)

RAIM. No es una suegra, es un erizo.

BERTA. Raimundo, mira, si quieres ir á alguna parte.... no te violentes por mí.

RAIM. Eso es, solito, hecho un mochuelo como siempre. ¡Ay, Dios mio! Si tu madre quisiese volverse á casar me comprometia á dotarla.

BERTA. Vamos, no te burles de ella.

RAIM. (*Cogiéndola la mano y besándosela á hurtadillas.*) ¡Ay, mujercita mia! (*Madame Maugrin, que se ha separado del grupo un momento antes, llega á este tiempo al lado de su hija y Raimundo; y pasa por delante de ellos muy encopetada, los mira y se vá hácia la parte del foro.*)

BERTA. ¡Mamá! (*Corriendo hácia ella.*)

MAUG. Quédate, quédate, hija mia... ¡Se incomodaria tu marido!

RAIM. (¡Si quisiera Dios!) (*Yendo á dar la mano á madama de Maugrin.*) Venid acá, querida madre.

MAUG. ¿Eh... ¿qué es!... (*Raimundo la trae y la obliga á sentar. En seguida coge á Berta, la coloca sobre las rodillas de su madre, la pone los brazos alrededor del cuello y las deja enlazadas una á otra.*)

RAIM. ¡Eh!... ¡Estais asi contentas? ¡Felices! Me voy á jugar. (*Váse sonriendo.*)

ESCENA III.

DICHOS, *menos* RAIMUNDO. *A poco* HERMINIA.

MAUG. Este hombre me va á quitar la vida.

BERTA. Mamá, no ha hecho nada malo, es preciso ser justas.

MAUG. ¡Ser justas! ¿Es decir que yo no lo soy? ¡Ah, Berta, tú ya no me quieres como antes! (*A Herminia, que sale.*) ¡Herminia, bien venida! ¡Ay! tu marido (*A Berta.*) acabará conmigo. (*Llora.*)

BERTA. ¡Madrecita mia, no llores por Dios! (*La consuela.*)

HER. (*Saliendo.*) Buenos dias, señoras. ¿Llego tarde? ¿Qué es esto? ¡Parais la conversacion cuando yo entro! ¿Es-

tabais hablando mal de mí?

DIANA. No. (*Riendo.*) ¡Calla, y es verdad, no se nos ha ocurrido! Estábamos hablando de Blanca, maravillándonos de que haya tomado tan pronto los aires de una parisien.

HER. ¿Y qué decia á eso la condesa?

BLANCA. Decia que no era de extrañar, cuando se tiene tan buen maestro. (*Le da la mano.*)

DIANA. ¿Ello es que os divertis mucho? (*A Blanca.*)

BLANCA. Extraordinariamente; como que no tengo otra cosa que hacer. Esta querida Herminia ha sido para mí una verdadera Providencia; tanto, que en volviendo Jorge no me queda ya que desear en el mundo, y todo se lo deberé á ella. (*A Agustina.*) Y á vos tambien, querida amiga. Estoy cierta de que Jorge os mirará con igual cariño que yo.

HER. ¡Quién lo duda!

AGUST. (*A Herminia, mientras que Blanca se acerca á hablar con Diana.*) ¿Creeis que el señor de Retel llevará á mal que Blanca siga tratándome como una madre, mirándola yo como una hija?

HER. Jorge os agradecerá el cariño que profesais á su mujer... pero una vez casado, y debiendo seguir la carrera de marino, no es fácil que continueis viviendo en su compañia.

AGUST. ¡Ah! ¿vos creeis eso? (*Resentida.*)

HER. Asi lo creo... porque le conozco.

AGUST. ¿De veras?... (*Muy ofendida.*) ¡Hola, hola! (*Despues de una pausa.*)

HER. ¿Qué?

AGUST. No sé por qué se me figura que el tal Jorge no ha de ser tan buen marido como nos figuramos.

HER. Si no le conoceis siquiera.

AGUST. No importa, lo adivino... por instinto.

DIANA. (*A Blanca.*) Los carruajes vendrán á las seis: ahora son las cuatro y media, á las ocho estaremos en el castillo. Allí cenaremos, bailaremos al piano y esperaremos á la salida del sol, que veremos desde las torres... A las cinco de la mañana podemos estar de vuelta.

BLANCA. ¡Oh! lo vamos á pasar muy bien. (*Diana y Agustina pasean por la escena.*)

HER. Os veo hoy muy contenta, querida Blanca.

BLANCA. (*Riendo.*) ¡Oh, me divierto tanto aquí!... Vais á tener que dar cuenta á Dios de lo que me pasa.

HER. ¡Cómo!

BLANCA. (*Sentándose.*) Porque vos sois la que me habeis metido en este infierno. (*Cogiéndola de la mano.*) Pero para hablaros con verdad... no me pesa... ¡Dios eterno! ¡cuando comparo esta vida con la que tenia en Noyan!... (*Con pesar.*) Soy una ingrata, porque el conde era excelente; pero con todo, aquel castillo era muy triste: asi sucedia que yo me pasaba todo el dia durmiendo; pero al fin y al cabo era preciso despertarse... Sonaba la campana del almuerzo, el conde salia á mi encuentro, me besaba en la frente y me conducia solemnemente á mi sitio. Pasábamos despues á la sala, en la cual nos aguardaban por lo regular unos cuantos ancianos, amigos de mi marido, señores todos ellos montados á la antigua, muy pausados, muy respetuosos, que venian uno tras otro á posar en mi mano un beso glacial, que me envejecia por lo menos un año, y los cuales hablaban tan bajo, que no parecia sino que tenian miedo de despertar á la parca que los tenia olvidados. Despues se sentaban, y de tiempo en tiempo levantaban hácia mí su venerable cabeza y me dirigian una dulce sonrisa, como se da un caramelo á un niño. (*Enjugándose una lágrima.*) Aquello no era vida, era un sueño apacible y continuado, un sueño eterno; y sin embargo, lo confieso, muchas veces me he preguntado á mí misma si aquellas horas tranquilas serán tal vez las mas felices de mi vida, si seria aquel el pan de bendicion. Ya lo veis, he empezado haciendo burla, y acabo saltándoseme las lágrimas al recordarlo.

HER. Es que tú eres buena... (*Con abandono.*) sois muy buena, Blanca.

BLANCA. ¿Por qué te arrepientes?... Tuteémonos: ¿quieres?...

HER. Si... (*Con una especie de fiebre.*) Permite que te dé un beso... (*La besa.*)

BLANCA. ¿Qué teneis?... Qué tienes?

HERM. Nada...

BLANCA. No, no; me lo has de decir.

HER. Se me figura que te quiero.

BLANCA. ¡Se te figura!

HER. Perdona..... no sé lo que digo..... Escucha, ¿quieres

creerme?

BLANCA. Si.

HER. Pues bien, haz tus preparativos y márchate...

BLANCA. ¿Dónde?

HER. Al castillo de Noyan. Allí aguardarás á Jorge y...

BLANCA. A propósito, he tenido carta suya. (*Se levanta.*)

HER. ¿Cuándo?

BLANCA. Esta mañana. Mira, aqui la tengo, ¿quiéres leerla?

HER. Si.

BLANCA. ¡Tienes las manos ardiendo!

HER. No es nada. El tiempo va á cambiar y no me siento bien. (*Lee.*) «Si, Blanca, os lo juro, vos sois la única mujer »que he amado en el mundo.» ¡Ah! ¡es singular! (*Con risa convulsiva.*)

BLANCA. ¿El qué?

HER. (*Reponiéndose.*) Que un simple cambio de la atmósfera pueda ponerle á uno tan irritable, tan susceptible...

BLANCA. ¡Estás muy nerviosa!.. me recuerdas el dia en que nos vimos por primera vez.

HER. ¡Si, es verdad! (*Riendo, continúa la lectura de la carta.*)

BLANCA. Y bien... ¿qué te parece?

HER. ¡A mí!... no sé... yo no entiendo de cartas amorosas... no he amado nunca... Pero, mira, ahí tienes á Diana, enséñasela á ella.

BLANCA. ¡Oh, no!

HER. ¿Por qué?... La carta de Jorge no puede dar lugar á interpretaciones.

BLANCA. No, seguramente... pero ya sabes que hay gentes capaces de poner faltas al sol.

HER. La carta de Jorge, te repito, no puede ser mal interpretada... Léesela; es una carta llena de poesia y de ternura; no tiene por donde morderla; desafio á que lo haga ni aun una volteriana como Diana.

DIANA. ¿Eh?... ¿qué?... ¿qué hay?... ¿Qué tiene que ver Voltaire conmigo?

HER. ¡Pobre Diana!... apuesto á que ni aun le ha leido...

DIANA. ¿A quién? á Voltaire? si tal, á los doce años... ¿Pero de qué se trata?

HER. De que Blanca supone que vos sois capaz de descubrir pruebas de inconstancia en las mas vivas protestas de amor.

DIANA. ¡Toma! ¿y por qué no?... ¿No ha sabido un químico cé-

libre encontrar arsénico en los palos de una silla?

BLANCA. No os riais... ó devolvedme mi carta. (*Alarga la mano para cogerla.*)

DIANA. No tal... (*Separándose.*) «Las auras, de la noche... (*Leyendo.*) «una voz interior... el navio blandamente me»cido... el cielo tachonado de estrellas...» Muy bien... (*Volviendo á leer.*) «Y luego, el viento que ruge entre »las velas.... el rayo rasgando....» Amor... y juramentos.... (*Hablando.*) ¡Y vuelta con el amor, y vuelta con el destierro y la ausencia!.. Pues está muy bien; es un poema en cuatro carillas...

BLANCA. ¡Eh! sois una (*Cogiendo la carta.*) burlona insoportable... (*A Herminia.*) Ya ves que tenia razon en no quererla enseñar la carta; pero tú te has empeñado.

HER. ¡Cierto! lo cual prueba que yo todavia tengo ilusiones.

BLANCA. ¿Pero entonces vos no creeis en el amor verdadero, en la felicidad?

DIANA. ¡Ay! hija mia, yo creo que en el dia no existe ningun amante capaz de atravesar todas las noches el Helesponto por pasar una hora con su amada... ni ya se mueren los hombres de melancolia amorosa, como aquel pastor siciliano, de quien nos hablan los poetas... esa clase de amor ya no se estila mas que en las novelas ó en los nidos. (*Riéndose.*)

BLANCA. ¡Ah! pena me dá de oiros....

ESCENA IV.

DICHAS, CAMILA.

CAM. ¡Ay, amigas mias!... (*Tirándose en un sillon.*) ¡favor!... un elixir!.... ¡una esencia!.... ¡dadme alguna cosa!.... ¡Vengo en un estado que no tiene igual! (*La rodean.*)

HER. ¿Pero qué es eso?... ¿quién os ha puesto asi?

CAM. ¿Quién?... (*Volviéndose á levantar.*) ¡Esa necia... esa duquesa de Villemare!... (*Muy agitada.*) ¡la impertinente!... ¡la atreviduela!

DIANA. Calmaos.

CAM. ¡Que me calme!... ¡que me calme! Figuraos, señoras, que yo pasaba hace poco por delante de la fonda Victoria... La ventana del saloncito donde esa especie de señora recibe de costumbre, estaba abierta... alzo los

ojos por casualidad, ¿y qué es lo que veo?... media docena de gemelos y otros tantos quevedos que me estaban haciendo fuego á boca de jarro!... Era mi señora la duquesa y toda su corte, que se me habian puesto á mirar de aquel modo, absolutamente como se mira á un cometa... Cortada al pronto, les hice frente sin embargo, y me detuve un instante esperando que todos aquellos impertinentes.... telescopios se bajarian por fin... Nada de eso; continuaron impertérritos y fijos sobre mí.... Entónces decidí seguir mi camino; pero no bien habia andado cuatro pasos, oí detrás de mí una salva estrepitosa de risotadas.

MAUG. ¿De veras?

CAM. ¡De esas risotadas estúpidas que atacan á los nervios!

DIANA. Lo comprendo.

CAM. ¡La tal Villemare!... (*Con rabia.*) con sus labios de cafre, y sus pelos de etiope!... es que es negra como un tizon!... y luego tiene el furor de vestirse de blanco, de los pies á la cabeza.. parece una mosca en leche.

DIANA. Caridad, hermana Camila. (*Riendo.*)

CAM. ¡Oh! á vos nada os hace mella, querida Diana, y sin embargo este insulto os interesa tanto como á mí y á todas estas señoras, porque ninguna de nosotras se ha librado de sus impertinencias ayer noche en el baile.

DIANA. ¿De veras?... ¿Y qué es lo que ha dicho?

CAM. ¡Oh! horrores!.. esa mujer no respeta á nadie.—Por ejemplo, ¿creereis, mi pobre Agustina, que se ha atrevido á decir de vos, tan buena, tan desinteresada, que debiais ser hija de un zángano y de una abispa, y que no habiendo sabido labraros una colmena, os buscabais la vida chupando á los demas?

AGUST. ¡Insolente!

CAM. ¡De Berta decia (*A madama Maugrin.*) que era una tonta en seguir los consejos de su madre!

MAUG. ¡Ah, pícara! (*Se levanta y viene á colocarse al lado de su hija.*)

DIANA. ¡Já! ¡já! ¡já! (*Riendo.*)

CAM. (*Levantándose.*) ¿Os reis? ¿pues sabeis lo que decia de vos? Que os habiais de ver muy apurada el dia en que á vuestro marido le tragase una ballena.

DIANA. ¡Oh, la salida es graciosa, y confieso que nunca se me habia ocurrido semejante cosa; pero bah! puede que mi

marido tuviese tambien la suerte de Jonás!

BLANCA. ¿Y.... esa generosa señora... no ha dicho nada de mí?

CAM. Si tal... (*Sentándose.*) Ha dicho, que aguardaba para atacaros á que tuvieseis armas con que defenderos.

BLANCA. ¿Es decir?..

CAM. Es decir, en mi entender, á que os hubieseis hecho una parisien.

HER. La verdad es, que la tal duquesa es indigna. Ya nos hemos disputado varias veces acerca de vos, y he advertido que hacia alarde de no pronunciar vuestro nombre sin añadir el epíteto de provincial.

BLANCA. (*Picada.*) ¿De veras?

DIANA. (*A Camila.*) ¿Y qué mas ha dicho?

CAM. ¿Qué mas? ¿Os parece poco?

DIANA. Si, porque quisiera saber lo que piensa de vos.

CAM. No me lo han dicho. (*Sonriéndose.*)

DIANA. ¿No?... ¿Quereis saber lo que pienso yo?... Pues es, que como al marcharos nos habiais besado á todas, sentiais la necesidad de mordernos á la vuelta... y para ello habeis pedido prestados los dientes á la duquesa.

CAM. Señora...

HER. No, no, Diana. Camila tiene razon; la duquesa ha dicho en efecto todo eso.

DIANA. ¿Si? Pues entonces no ha de quedar asi.

BERTA. Es preciso vengarnos.

MAUG. Hija, tienes razon. (*Reflexionando.*)

AGUST. ¿Pero por qué medio?

DIANA. ¡Ah! ¡si el duque estuviese aqui y ella le amase!...

BLANCA. ¿Qué hariais?

DIANA. Una cosa muy sencilla. Haria la coqueta con él, clarito.

HER. ¿Pues no está ahí el Vizconde?

DIANA. ¡Calle!... ¡es verdad!

HER. Pero ella tiene la presuncion de que no hay mujer capaz de robarle el corazon de Rosental.

BLANCA. ¡Ah! (*Levantándose.*)

HER. La verdad es que si una quisiera tomarse el trabajo..... el asunto es quitarle el Vizconde á la duquesa sin comprometerse; y por mi parte, como se presente la ocasion, prometo hacer lo posible por vengaros.

DIANA. Pues yo, como el Vizconde se me ponga á tiro, me propongo quitarle el sueño, el apetito y hasta el juicio.

AGUST. (*A Herminia.*) ¡Oh! pero Blanca no debe tomar cartas en este asunto.

HER. ¿Por qué?

AGUST. ¡Porque el Vizconde es un mónstruo!

HER. ¡Oh! ¡pobre Vizconde!... (*Riendo.*) ¡Si os oyera, él que tiene de vos tan buena opinion!

AGUST. ¿Si?

HER. Mirad: ayer, sin ir mas lejos, me decia que si él se casase desearia tener al lado de su mujer una persona como vos.

AGUST. ¿Decia eso? Lo cierto es que siempre se ha mostrado muy amable conmigo... ¡Ah! un marido asi es el que yo desearia para Blanca.

HER. Eso es ya llevar las cosas muy lejos, amiga mia. (*Agustina se separa y sube hácia el foro.*)

DIANA. Conque está decidido... nos vengamos.

MAUG. Permitid, señoras... yo no sé si debo...

DIANA. (*Con aturdimiento.*) Vos dareis consejos á vuestra hija.

MAUG. ¡A Berta! Yo no consiento que se mezcle en nada de eso... Ven, hija mia, dejemos á estas señoras. (*Vánse.*)

DIANA. ¡Ea! ya empieza la defeccion. (*A Carolina.*) ¿Y la señora marquesa de Cotterau?

CAM. ¿Yo? Yo me hago justicia; no soy bastante bonita para el caso.

DIANA. ¡Vaya un jefe! (*Bajo.*) Compromete á la gente y se esconde cuando llega el peligro..... Y vos ¿qué decis, Blanca?

HER. (*A Diana.*) Dejadla á Blanca, porque si no conseguia el objeto, la duquesa se moriria de gozo.

BLANCA. Vos opinais que no saldria victoriosa, ¿eh? ¡Es verdad, como soy una provincial!

DIANA. (*Riendo.*) ¡Bien! se ha picado su amor propio.

AGUST. (*A Blanca.*) Si el objeto no es mas que agradarle, yo pongo por Blanca.

DIANA. ¡Y yo, eso si!

BLANCA. (¡Ah! ¡conque soy una provincial!)

CAM. (*Bajo á Berta y á la Maugrin.*) Pues lo que es yo, desapruebo lo que esas señoras van á hacer.

MAUG. Y yo tambien.

DIANA. (*Bajo á Blanca.*) Querida, ¿quereis venir conmigo á dar un par de vueltas por las salas de juego?

BLANCA. Con mil amores.

MAUG. (*A su hija.*) Nosotras iremos á dar un paseo.
BLANCA. Nos reuniremos aqui á la hora del concierto.
TODAS. Hasta despues. (*Vánse.*)

ESCENA V.

HERMINIA *sola.*

¡Ah! ¡este papel que me he impuesto me fatiga, me mata! (*Con ironia.*) Cuando pienso que hace un instante, aqui mismo, he tenido hácia esa esa mujer un movimiento de lástima... que he sentido desprenderse una lágrima de mis ojos!... ¡Ah! ¡ha hecho bien en enseñarme esa carta!... ¡El Vizconde!... ¡Si Dios quisiera que se enamorase de Blanca!...

ESCENA VI.

HERMINIA, *el* VIZCONDE.

HER. ¿Venis de las salas de juego, Vizconde?
VIZC. No, por Dios.
HER. Es ejemplar. (*Sentándose en el canapé de la derecha.*) ¿No teneis ya vicios?
VIZC. Ninguno... Los he despedido todos.
HER. ¡Hola!
VIZC. No podia mantenerlos. (*Riendo.*)
HER. Decidme, Vizconde...
VIZC. Señora...
HER. ¿Qué teniais al entrar? Me pareció que veniais preocupado. ¿Buscabais á alguien?
VIZC. Si... lo confieso. ¡Precisamente! (*Herminia le mira sonriendo.*) Creo que estoy enamorado.
HER. ¿De verdad?
VIZC. De verdad.
HER. Muy bien... ¿y de quién?
VIZC. ¡Adivinad!... (*Sentándose en una silla cerca de ella.*)
HER. ¿De la duquesa de Villemare? (*Riendo.*)
VIZC. (*Con impaciencia.*) ¡Eh! eso ya pertenece á la historia antigua... ademas, lo de ahora es formal.
HER. ¡Ah! vuestras miras de hoy son formales. ¿Y cómo se llama vuestro amor?... Vamos á ver, decidme su nom-

bre, andad; asi acabaremos mas pronto.

VIZC. Teneis razon: es...

HER. Es...

VIZC. Miss Nevil.

HER. ¡Mis Nevil! (*Con un movimiento que no puede reprimir.*)

VIZC. ¿Parece que la eleccion os ha sorprendido?

HER. No, nada de eso; miss Nevil es uno de los mejores partidos de Inglaterra.

VIZC. Y ademas, la jóven mas linda...

HER. Preciosa; un poco flaca sin embargo.

VIZC. Un cabello admirable...

HER. Si... pero de un color particular, nebuloso como su tierra.

VIZC. Veo que no aprobais mi eleccion.

HER. ¡Quién ha dicho tal cosa! Creo, lejos de eso, que no puede ser mas acertada, y ya me teneis completamente tranquila.

VIZC. ¿Pues qué temor era el vuestro?

HER. ¡Ninguno! (*Levantándose.*)

VIZC. Sin embargo...

HER. Eran ilusiones mias... y me alegro; no sé dónde habia yo ido á sacar eso; pero se me habia figurado...

VIZC. ¿Qué?

HER. En fin... creí que estábais enamorado de la de Noyan.

VISC. ¡Ah! (*Levantándose.*) Confieso que en un principio puse los ojos en ella... pero ya se vé...

HER. Renunciasteis en seguida... (*Dándole la mano.*) Vamos, vuestra reputacion no es usurpada, Vizconde, sois un hombre de talento.

VIZC. No comprendo.

HER. Es que hubiera sido una verdadera fatalidad que os hubieseis llegado á enamorar de la condesa.

VIZC. ¡Una fatalidad!.. ¿Bajo qué punto de vista?

HER. Bajo todos los puntos de vista.

VIZC. La de Noyan es viuda.

HER. Si.

VIZC. Rica...

HER. No hay duda.

VIZC. Tan jóven como miss Nevil.

HER. Mucho mas jóven, puesto que es viuda.

VIZC. Tan bonita por lo menos.

HER. Algo mas llena, y sin el Támesis en el cabello.

VIZC. La condesa de Noyan es digna, me parece, del amor de un caballero.

HER. Ciertamente, yo lo creo.

VIZC. Pues entonces...

HER. ¡Oh! vuestro *entónces*, (*Soltando á reir.*) es delicioso.

VIZC. ¿Cómo?

HER. La condesa de Noyan es jóven, bonita, inmensamente rica, es digna de llevar el apellido del señor vizconde de Rosental! Conclusion: *Entónces*; es decir, ya no hay mas que correr las amonestaciones.

VIZC. ¡Ah! de todo habeis de sacar partido, pero yo os pregunto...

HER. Quien os pregunta soy yo, ¿por qué nos ocupamos de la condesa de Noyan, cuando es de miss Nevil de quien se trataba?

VIZC. ¿Miss Nevil?.. ya hablarémos de ella; decidme ante todo en qué he podido yo dar márgen á que os burleis de mí?

HER. En nada.

VIZC. ¿Eso es seguiros burlando?.. muy bien.

HER. ¡Oh! es que, á decir verdad, venis hoy tan cándido!.. Pues no es de eso de lo que pecais, por lo regular. Esa metamórfosis repentina debe tener alguna causa extraordinaria.

VIZC. Pues bien, es posible; ¿y sabeis de quién voy á estar enamorado ahora?

HER. ¿De miss Nevil?

VIZC. Nada de eso, de la condesa de Noyan.

HER. ¿De la condesa (*Echándose á reir.*) de Noyan... asi, sin mas ni mas? De golpe y porrazo, sin decir «agua vá.»

VIZC. Como lo oís.

HER. ¿Y enamorado en serio? (*Riéndose.*)

VIZC. Muy en sério.

HER. ¡A macha martillo! (*Riendo como una loca.*)

VIZC. Yo no me rio, señora... (*Muy grave.*)

HER. Ya lo veo... estais grave como el papá de vuestra miss... ¡Dios mio! ¡la gracia que me habeis hecho!

VIZC. Conque, segun vos, yo debia renunciar absolutamente á la esperanza de semejante enlace, si por acaso me hubiese lisonjeado con ella.

HER. Lisonjeado, bien decis, amigo mio, y debiais por lo tanto renunciar á ella absolutamente; pero veo que

nos ocupamos muy poco de miss Nevil en todo lo que hablamos.

VIZC. Pues bien, no hablemos de ella ni poco ni mucho. Hablemos por el contrario de la condesa y hablemos sin cesar.

HER. Sea. Pero despejemos (*Sentándose.*) la incógnita desde luego. La condesa de Noyan no se casará con vos, sabedlo, por la sencilla razon de que está comprometida con un cierto Jorge Retel, mozo tan emprendedor como vos, tan rico como ella, y que tiene sobre el señor vizconde de Rosental la inmensa ventaja de ser adorado.

VIZC. Sabeis que me estais, sin querer, empeñando en la partida? (*Apoyándose en el canapé.*)

HER. No es esa, por cierto, mi intencion, y soy demasiado amiga vuestra para proponerme tal cosa.

VIZC. ¿Entonces es que hay algo mas que vos no quereis decirme?

HER. Y que vuestro amor propio no os dirá nunca ciertamente.

VIZC. ¿Qué es?

HER. ¿Si siguiésemos hablando de miss Nevil?

VIZC. ¿Qué es?...

HER. Si os lo digo os vais á enfadar.

VIZC. No.

HER. ¡Pues bien! que desagradais soberanamente... ¿Estais contento?

VIZC. ¿Y qué es lo que desagrada en mí?

HER. Todo. Un poco de todo.

VIZC. Entonces... estoy perfectamente. El que quiere probarlo todo, no prueba nada...

HER. Ea, hablemos de otra cosa. (*Levantándose.*) ¿Qué pensais hacer en saliendo de aqui?

VIZC. (*Levantándose.*) Pienso ir á ponerme un frac negro, una corbata blanca, unos guantes color gris perla... y presentarme flamantito, en casa de la condesa Noyan.

HER. Que os plantará en la calle con vuestra corbata blanca y vuestros guantes color gris perla. (*Riéndose á carcajadas.*)

VIZC. Reios, reios; pero tan fijo como me llamo vizconde de Rosental que voy á continuar la aventura.

HER. Tan fijo como sois un atolondrado, desistireis de ella,

en razon á que la condesa me ha sido, por decirlo asi, confiada; que yo respondo de ella á Mr. Jorge Retel... y que no consentiré que la comprometàis.

VIZC. ¡Bravo! es guerra declarada... y sois dos contra mí, lo cual me quita todos los escrúpulos... Quedad con Dios.

HER. ¿Vais?...

VIZC. A hacer la córte á la condesa... ¡Ah! ¡pero ahora que pienso!... ¿no cenais con ella y varias señoras esta noche en el castillo viejo?...

HER. No.

VIZC. (*Riendo.*) ¡Bueno! eso quiere decir que si... Pues como no conozco nada mas propicio á los amores como las ruinas... iré yo tambien.

HER. Vizconde, hablo con toda formalidad... Exijo de vos que renuncieis á esa locura...

VIZC. (*Riendo.*) ¿Qué es eso, teneis miedo de que no la emprenda?

HER. (*Despues de un movimiento.*) Sois un impertinente, y puesto que es asi... haced lo que querais.

VIZC. (*Con jovialidad.*) Entonces, está dicho, soy de la cena.

HER. Falta que os conviden á ella...

VIZC. ¿No es mas que eso? (*Viendo llegar á las demas mujeres.*) Voy á hacer que me conviden ahora mismo.

ESCENA VII.

DICHOS, DIANA, AGUSTINA, MADAMA MAUGRIN, BERTA *y* BLANCA.

DIANA. (*Bajo al salir.*) ¡Ah! aqui está el Vizconde.

VIZC. Señoras, tengo que solicitar un favor de vuestra bondad; he sabido que esta noche dais una cena en el castillo viejo, y yo os suplico que me permitais acompañaros como los demas señores.

DIANA. (*Riendo.*) Si dejais la sociedad de la duquesa por la nuestra, vais á perder en el cambio, os lo prevengo...

VIZC. Confesad que no creeis una palabra de lo que decis.

DIANA. (*Riendo.*) ¡Con efecto, asi es!...

CAM. (*Bajo.*) ¡Qué coqueta tan osada!

MAUG. (*Id.*) ¡Tiene un descaro inaudito!

VIZC. (*A Herminia.*) ¿Me guardais rencor?

HER. (*Dándole la mano.*) No.

VIZC. (*Besándola.*) ¡Sois adorable!

MAUG. (*Bajo á Camila.*) ¡Vaya! ¡Herminia es la que priva!

CAM. Está claro, ha tenido buen cuidado de romper el fuego sin nosotras...

HER. (*Bajo á Blanca.*) Ya veis que haceis mal en tenerle miedo... No piensa en vos.

BLANCA. (*Picada.*) ¡Le pareceré tambien provincial!

CRIADO. (*Anunciando.*) El señor marqués de Coterau manda decir á estas señoras que los carruajes estan prontos.

VIZC. (*A Blanca.*) Me permitis, señora, daros el brazo hasta el coche?..

BLANCA. Caballero... (*Vacilando.*)

VIZC. ¡Os lo ruego! (*La toma el brazo.*)

MAUG. (*A Berta muy cargada.*) Ven, hija mia. (*Con acritud.*) La tal condesita, ¿eh?

CAM. (*Idem.*) Y el buen Jorge, allá, en la Guadalupe.

DIANA. (*Jovialmente á Herminia al salir.*) ¿Conque es decir que nuestra cara condesa va á hacer el papel de serpiente, y á ofrecer la manzana al Vizconde?... ¡Quiera Dios no la dé la idea de comerse la mitad!

HER. (*Subiendo.*) No... estamos aqui nosotras para velar por ella.

RAIM. (*Saliendo por la derecha.*) Madre política, madre política, acabo de perder mil novecientos treinta y seis francos en cincuenta minutos.

MAUG. Este hombre nos va á dejar por puertas.

RAIM. ¿Venis á cenar al castillo?

MAUG. ¡No!

RAIM. ¿No? pues me voy yo solo. ¡Ya vereis qué chispa cojo!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El salon de las flores en Baden.

ESCENA PRIMERA.

COTTERAU, FURETIERES.

FUR. ¿Decid, decid, marqués, ha venido vuestra mujer?
COT. No... ¿Cómo quereis que lo sepa? (*Preocupado.*)
FUR. Ayer tarde parecia que estaba disgustada... ¿lo observasteis?
COT. No, estaba pensando en algo mas importante. (*Levantándose y pasando al otro lado.*) Y por cierto que ya no me acuerdo en lo que pensaba. ¿Qué es lo que os decia cuando nos marchamos?
FUR. ¡Ay marqués! ¡Sois insoportable con vuestras eternas preguntas! Asi es que hace poco el inspector de las salas de juego ha tenido que venirme á rogar que os sacase de allí.
COT. ¡A mí!
FUR. ¡Sí, á vos, que estabais armando escándalo con vuestro paraguas!
FUR. ¡Cómo, con mi paraguas!
COT. ¡Si por cierto! (*Levantándose.*) olo á vos se os ocurren tales cosas. ¡Ponerse á abrir el paraguas á cada talla!
COT. Poco á poco... poco á poco ,Yo he leido en el *Fígaro*...

FUR. ¿Qué tiene que ver ahora el *Fígaro*?...

COT. Tiene que ver. Yo he leido en él que cierto caballero tenia esa mania, y que le iba muy bien con ella. A cada puesta que hacia, abria el paraguas y ganaba. Yo he querido hacer la prueba; es una mania de jugador que se debe respetar. ¡Cuántos hay que tienen otras! Por ejemplo, me acuerdo de un sujeto á quien conocí en Ems, y que por mas señas, tenia una causa pendiente en la Audiencia... A propósito, ya sabeis que falló en contra...

FUR. ¿Quién?

COT. La Audiencia. ¡Perdí por fin el pleito!

FUR. ¿Qué pleito?

COT. El de mi hacienda.

FUR. Pues las costas ahora...

COT. Me van á doblar. Asi me lo temo, pero estoy resignado. No soy como el bueno del general Noiziel, el que me regaló el perro; no sé qué le ha dado estos dias: tendré que llamar á un albéitar.

FUR. ¿Para quién?

COT. ¡Toma! para Pascaró.

FUR. (No tiene hilacion en las ideas.)

COT. ¿De qué habl. bamos? (*Recordando.*)

FUR. Hombre, de vuestro perro.

COT. ¡Ah! Si! Pues señor, el vizconde de Rosental quiere comprármelo. Y á propósito, la duquesa de Villemare se marchó ayer noche, lo cual debe tener apesadumbrado al Vizconde, porque aqui para entre los dos, creo poder asegurar sin temor de calumniarlos.... que...

FUR. ¡Cómo! ¿Ahora estais en eso? Vivis muy atrasado, amigo mio. La duquesa se marchó anoche porque el Vizconde está perdidamente enamorado de la de Noyan. ¡Esto es auténtico! La sigue á todas partes, no se separa de ella.

COT. ¿De veras?

FUR. Pero hay mas todavia.

COT. ¿El qué?

FUR. Figuraos que esta madrugada, al rayar el alba, y viniendo yo á caballo de Ebersteincloss, donde he cenado, tomé por la alameda de Lichtental, y al pasar por delante de la casita suiza de la condesa... reparé...

COT. ¿Que la segunda ventana del piso bajo estaba torcida?

FUR. ¡Eh! ¿quién habla de semejante cosa?... ¿ni qué le hace eso?...

COT. ¡Eso hace mucho! Una cosa asi dió márgen á la guerra del Palatinado.

FUR. ¡Oh! (*Rabioso.*)

COT. ¡Cuando uno piensa (*Continuando.*) en aquel pobre pais!... arrasado, incendiado, por culpa de un arquitecto!... Mirad, no hace mucho que hablaba yo de ello con un músico...

FUR. ¿Pero, señor, quereis oir mi historia, si, ó no?

COT. ¿Qué historia?

FUR. La relativa al Vizconde y á la condesa de Noyan.

COT. ¿Conque hay algo en efecto?

FUR. Ya lo creo. Figuraos, como iba diciendo, que esta madrugada, al rayar el dia, viniendo yo á caballo de Ebersteincloss, donde he cenado, tomé por la alameda de Lichtental, y al pasar por delante de la casita de la condesa... reparé...

ESCENA II.

DICHOS, CAMILA.

COT. ¡Ah! ya está aqui mi mujer.

FUR. (¡Ea, bueno!)

CAM. (*Mirando al salon.*) ¡Cuánta gente hay ya en el baile! ¿Y la condesa?

FUR. ¿No ha venido?

CAM. (*Con intencion.*) ¿Ni el Vizconde de Rosental tampoco?

FUR. Naturalmente. (*Con sonrisa maliciosa.*) Pero vendrán, no lo dudeis, y juntos probablemente.

CAM. ¿Por qué decis eso?

FUR. ¡Ché!... porque...

CAM. (*Bajo.*) ¿Sabeis algo de nuevo?

FUR. No, os aseguro...

CAM. (*A Furetieres.*) ¿Qué es? Vamos, contádnoslo.

FUR. Pues bueno. Figuraos que esta madrugada, al rayar el dia, viniendo yo á caballo de Ebersteincloss, donde he cenado, tomé por la alameda de Lichtental, y al pasar por delante de la casita suiza de la condesa... reparé...

CAM. ¿Qué? (*Con mucha viveza.*)

FUR. En un hombre que abria la puertecita del jardin.

CAM. ¿Y quién era? ¿Habeis podido ver?..

FUR. ¡Si... era... el Vizconde de Rosental.

CAM. ¡Es abominable! ¡La tal condesa promete! Es preciso decírselo á Madama Maugrin: (*Viendo venir á Madama Maugrin y á Berta.*) su hija no debe hablar con esa mujer.

COT. Eso mismo pienso yo.

FUR. Y yo.

CAM. (*A Madame Maugrin.*) Señora, necesito hablaros con precision.

MAUG. Soy con vos dentro de dos minutos; anda, hija mia, yo me encargo de buscar á tu marido. (*Vánse Cotterau y Furetieres acompañando á Berta y Camila, que entran en la sala de baile.*)

ESCENA III.

MADAME MAUGRIN, RAIMUNDO. *Raimundo viene por el foro, se dirige á la derecha y va á entrar en el baile. Madama Maugrin vestida de tiros largos, con la cabeza erguida y el ademan amenazador se le presenta en la puerta.*

RAIM. (¡Ea! ¡bueno! ¡mi suegra! ¡Está de Dios que la he de encontrar en todas partes.) (*Va á volverse y ella le cierra el paso de la puerta del foro. Raimundo baja al proscenio.*)

MAUG. Os estaba acechando, caballero.

RAIM. ¡Toma! No tenias necesidad de decirlo.

MAUG. ¡Señor yerno!.. es necesario que tengamos los dos una explicacion.

RAIM. No veo la necesidad. (*Quiere marcharse. Raimundo se sienta. Ella continua lloriqueando.*)

MAUG. ¿Qué os ha hecho la pobrecita?

RAIM. ¿Quién? (*Admirado.*)

MAUG. ¿Es esto lo que la habiais jurado?

RAIM. Pero vamos á ver, señora suegra, ¿con quién la tomais ahora?

MAUG. ¿Con quién? Con vos. No os dá vergüenza abandonar á una mujer jóven y bonita como la vuestra para ir á correr carabanas.

RAIM. ¡Carabanas!.. Señora Maugrin...

MAUG. Si, señor, carabanas, y yo os lo digo, vuestra conducta

es indecente.

RAIM. ¡Ah!

MAUG. Caballero, os prohibo que os marcheis.

RAIM. ¡Cómo se entiende!

MAUG. ¿Creeis que no he reparado en vuestros ridículos obsequios á esa coqueta que se llama Blanca de Noyan?

RAIM. ¡Ah! ¡Habeis perdido la cabeza! Yo estoy con esa señora lo mismo que los demas.

MAUG. Que los demas, decis bien: porque en efecto, les da esperanzas á todos.

RAIM. Señora suegra, atajad esa lengua de hacha.

MAUG. Eso es... despues de haber abandonado á la hija, poned ahora como un trapo á la madre.

RAIM. ¡Ah! Hariais condenar á un santo. (*Gritando.*)

MAUG. No hay para qué gritar de ese modo; ¿ó teneis intencion de hacer saber á todo el mundo que maltratais á la madre de vuestra mujer?

RAIM. (¡Es cosa de morderse los puños de rabia!)

MAUG. ¡Creeis que asi vais á ganaros una buena reputacion! Dios os ha de castigar por faltarle al respeto á las personas de edad...

RAIM. ¡Pero habráse visto!...

MAUG. Algun dia tendreis hijos...

RAIM. No será por culpa vuestra ciertamente. (*Estallando.*)

MAUG. ¿Qué quereis decir, caballero?

RAIM. Quiero decir que si vos no teneis las piernas ágiles por vuestros años, yo y mi mujer las tenemos, y por lo tanto me gusta salir con ella y llevarla á paseo, al teatro y adonde quiera. Y puesto que ha llegado la ocasion, os declaro que si os empeñais en usurparme mi mujer, y en llevárosla de un baile, por ejemplo, á la una de la noche, dejándome á mí hecho un espantajo, me pondré á bailar con otra hasta que eche los hígados por la boca... (*Ella va retrocediendo.*) y si no la permitis que cene conmigo, me iré á cenar yo solo, y me achisparé hasta que me caiga debajo de la mesa; que si continuais estorbándome que hable con mi mujer, me meteré en las salas de juego y acabaré por arruinarme y arruinarla... y por último, que si me impedis que la haga una fiesta, una caricia, iré á hacérselas á otra, ¡clarito! ¡Pero no á vos... no á vos! ¡eso no! ¡Dios me libre!

MAUG. Mirad, vos acabareis mal. (*Se sienta.*)

RAIM. Si, en un patíbulo afrentoso, por supuesto.

MAUG. Yo voy á tener una enfermedad, y me moriré de ella por culpa vuestra... ¡sois un asesino!... (*Levantándose y cambiando de tono.*) ¿Y decir que es por esa condesa de Noyan por la que me tratais así?

RAIM. ¡Por la condesa de Noyan! ¿Qué tiene que ver la condesa de Noyan en todo esto?

MAUG. ¡Cómo me he atrevido á poner en duda la virtud de esa persona!... Señor mio, no sois hábil, debiais disimular mejor vuestra loca pasion.

RAIM. ¡Vuelta otra vez!

MAUG. ¡Una mujer que ha metido el infierno en el matrimonio de mi hija!

RAIM. ¡Voto á!...

MAUG. Una...

RAIM. Señora, esa persona es una mujer honrada, y no consentiré...

MAUG. ¡Pues!... insultadme, insultad á mi hija por defender á una mujer que no se da estimacion... por defender á una coqueta, á una loca.

RAIM. ¡Suegra de Barrabás!...

MAUG. Pero yo la diré lo que hace al caso á la tal señora.

RAIM. ¡Os guardareis muy bien de hacer tal cosa!

MAUG. ¿Y quién me lo ha de impedir? ¿Vos? ¡Ah! os declarais resueltamente su campeon... Bien está. Elegiréis entre vuestra mujer y esa...

RAIM. Señora, vais á decir alguna barbaridad y no quiero oirla. Quedad con Dios!

MAUG. ¡Señor yerno!

RAIM. ¡Idos al diablo!

MAUG. ¡Lo confiesa! ¡Ah! ¡es un desalmado! (*Sola.*) ¡Pero esto no ha de quedar así! (*Váse gritando.*) ¡Yerno! ¡yerno!

RAIM. ¡*Vade retro*! (*Dentro.*)

ESCENA V.

AGUSTINA, BLANCA, *despues el* VIZCONDE.

AGUST. ¿Conque no habeis querido aceptar el brazo del Vizconde para entrar en el baile?

BLANCA. ¿Y qué tengo yo que ver con el Vizconde, ahora que la duquesa se ha marchado? Nuestro objeto era quitársele

á la duquesa, sin contraer con él ningun compromiso.

AGUST. Pero él os ama de veras.

BLANCA. ¡Agustina!...

AGUST. ¡Toma! Os digo lo que es, y os repetiré con este motivo lo que tantas veces os he dicho... que el Vizconde será un excelente marido.

BLANCA. Basta: ya sabeis que me dais un sentimiento siempre que me hablais asi. Entremos en el baile.

VIZC. Perdonad, señora. (*Deteniendo á Blanca, que se iba.*) Os ruego que me concedais cinco minutos no mas.

BLANCA. Dispensadme... esas señoras me esperan... (*Cortada.*)

VIZC. Bailando... pueden aguardar... Y vuestra amiga nos dará su permiso...

AGUST. Ciertamente... Os dejo.

BLANCA. Pero...

AGUST. Hasta luego, hija mia. (*Váse.*)

ESCENA VI.

BLANCA, *el* VIZCONDE.

VIZC. Señora condesa, (*Saludando primero y sentándose en seguida.*) ¿sabeis la historia de la condesa de Langeais?

BLANCA. Si, señor.

VIZC. ¿Entonces recordareis cierta escena en casa de Armando de Montriveau?

BLANCA. No, señor.

VIZC. Pues voy á ver si os la recuerdo. La duquesa de Langeais, por una apuesta, por un capricho, no sé á punto fijo por lo qué, habia jurado que Armando de Montriveau llegaria á ser su esclavo y nunca su dueño. Un dia el esclavo se rebeló, hizo robar á la duquesa por unos hombres enmascarados, que la llevaron á su casa y la introdujeron en su mismo cuarto.

BLANCA. (*Riendo.*) ¡Ah! si; con la delicada intencion de marcar á la duquesa, haciéndola en la frente una cruz de Lorena con un hierro ardiendo. ¿No es eso?

VIZC. Si, señora.

BLANCA. Me acuerdo ahora perfectamente.

VIZC. ¿Y os acordais tambien, señora, de las palabras de Armando á la duquesa?

BLANCA. Confieso que no se me han quedado en la memoria.

VIZC. Pues bien, yo las he aprendido... hélas aqui: «Toda mujer tiene derecho de rechazar un amor al cual conoce que no puede corresponder... pero atraer á un hombre fingiéndole afecto, hacerle consentir en la dicha para arrebatársela en seguida, es mas que una falta... es un delito.»

BLANCA. Aun cuando no se me haya quedado bien en la memoria, sospecho, señor Vizconde, que alterais horriblemente el texto. Y ademas, no existe ninguna analogia entre vos y el general Armando de Montriveau.

VIZC. Perdonad, señora, existen dos... una voluntad decidida y un amor violento.

BLANCA. (*Algo turbada.*) Pues bien, figurémenos que estamos en el baile de la condesa de Savigny y haced que me roben! Vamos á ver... ¿dónde estan vuestros hombres enmascarados? ¿dónde está el hierro con que vais á marcarme?

VIZC. Mi intencion, señora, no es poneros en la frente una cruz de Lorena, sino simplemente una corona de vizcondesa.

BLANCA. ¡Cómo!

VIZC. (*Inclinándose.*) Tengo el honor de pediros la mano de la condesa de Noyan.

BLANCA. (*Con burla y levantándose.*) Prefiero la cruz de... Lorena.

VIZC. Os prevengo, señora, que no os queda la eleccion.

BLANCA. ¿Os burlais?

VIZC. Muy lejos de eso.

BLANCA. Vizconde, no puedo oiros mas... Permitid que me retire.

VIZC. (*Con frialdad.*) No lo permitó, señora.

BLANCA. ¡Caballero!...

VIZC. Lo habia adivinado todo. Sabia que queriais vengaros de la duquesa de Villemare.

BLANCA. No sé lo que quereis decir.

VIZC. Dispensad, lo sabeis muy bien. Para lograr vuestro objeto era preciso una desercion... la mia. Como general hábil, no habeis escaseado las promesas, y yo he desertado con armas y bagajes. A la hora presente la batalla está ganada... el enemigo en huida... y yo vengo á pediros el premio de mi traicion.

BLANCA. (*Turbada.*) Vamos, Rosental, esto es una chanza, ¿no

es verdad? Vos no lo habeis tomado de manera alguna por lo sério, asi lo creo.

VIZC. Perdonad, señora, y la prueba es que en la actualidad no amo á la duquesa, y que os amo á vos.

BLANCA. (*Muy turbada.*) Vizconde, no os creo.

VIZC. Todo el mundo aqui no es tan incrédulo como vos, señora. ¡Oh! no lo dudeis, se sabe que os amo... y permitid que... os lo diga en voz baja, llegan hasta creer que... vos me amais.

BLANCA. Pero eso no es verdad... Vizconde, no es verdad... Ademas, ya sabeis que no me pertenezco... que mi mano está prometida á otro.

VIZC. Pero sé tambien que podeis retirar vuestra palabra..

BLANCA. ¿Retirar mi palabra? Sabed que yo amo á Jorge Retel.

VIZC. ¡Bien! ¿Y si Jorge Retel renunciase por sí mismo á la honra de llamaros esposa suya?

BLANCA. ¿Y por qué habia de renunciar? No os comprendo. ¿Qué he hecho yo?... ¿de qué soy culpable? Bien sabeis que no os he dicho nunca que os amaba.

VIZC. Si, señora, lo sé; pero sé tambien que me habeis hecho creer que podriais amarme algun dia... sé que no puedo soportar la idea de veros pertenecer á otro!.. que esta idea me traia loco, y que ayer en medio de mi desvario... he corrido hasta Lichtental sin saber lo que hacia... Una luz brillaba en medio del jardin... estabais sola... no tenia mas que abrir una puerta para poder echarme á vuestros piés... Vacilé un momento en valerme de la llave que me habian entregado... pero mi amor fué mas fuerte que mi razon, y entré.

BLANCA. ¡Oh! ¡es imposible! Vos no habeis entrado en mi casa.

VIZC. (*Levantándose.*) Hé pasado la noche entera en vuestro jardin.

BLANCA. ¡Dios mio!

VIZC. Y por desgracia, al despuntar el dia, en el momento en que iba á salir me vió un hombre que venia á caballo, el señor de Furetieres... Quise ocultarme... pero...

BLANCA. Decid sin hipocresia que habeis calculado para salir el momento en que pudiesen veros. ¡Ah! ¡me habeis perdido!... ¡Es inícuo!...

VIZC. (*Con frialdad.*) Señora, la duquesa se marchó ayer. Yo sabia que me cerrariais vuestras puertas hoy, he debi-

do tomar mis precauciones para hacérmelas abrir mañana.

BLANCA. ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! (*Trastornada.*)

VIZ Ya veis, señora, que no os queda la eleccion entre la cruz de Lorena y la corona de vizcondesa... Quedad con Dios. (*Saluda y váse.*)

ESCENA VII.

BLANCA *sola.*

¡Oh! pero para haber podido entrar esta noche en mi casa, era preciso que estuviese de inteligencia con alguno de los mios. ¿Quién me ha vendido... (*Levantándose.*) ¡Ah! ¡Pero ahora caigo!.. lo que me viene diciendo Agustina hace quince dias... las palabras que ha soltado hace poco... lo que el mismo Vizconde ha dicho... no hay duda, estaba en connivencia con él.

ESCENA VIII.

BLANCA, AGUSTINA.

AGUST. ¡Qué veo! (*Saliendo y mirando á Blanca.*) ¿Estais sola? ¡Dios mio! (*La coge la mano.*) ¿Qué teneis?

BLANCA. ¿Qué tengo?.. ¡Oh! (*Mirándola.*) Ahora comprendo por qué me alababais tanto al Vizconde. ¿Queriais que llegase á ser su mujer, ¿no es esto? Y como yo desoia su amor, os habeis puesto los dos de inteligencia para obligarme á aceptarle.

AGUST. ¡Blanca, escuchadme!

BLANCA. El Vizconde se ha introducido esta noche en mi casa.

AGUST. ¿Es posible?

BLANCA. ¡Eh! ¡Demasiado lo sabeis!

AGUST. Os juro...

BLANCA. ¡Apartad!.. ¡No os creo! Adios para siempre. Deseo vivir sola en lo sucesivo.

AGUST. Señora, me retiro... me voy... no os volveré á molestar... (*Aguarda en vano á que Blanca la llame.*) (¡Oh! ¡Esta mujer no tiene corazon!) (*Váse por el foro, y se encuentra con Jorge.*)

JOR. Perdonad, señora... (*En la puerta.*) ¿Podeis decirme si ha venido Herminia de Savigny?

AGUST. No, señor; todavia no.
JOR. ¿Y el Vizconde de Rosental?
AGUST. ¡Oh! (*Con malicia.*) No debe hallarse muy lejos; porque está ahí la condesa de Noyan.
JOR. ¡La condesa!

ESCENA IX.

BLANCA, JORGE. *Blanca está sentada con la cabeza entre las manos. Jorge va á ella y la recônoce.*

JOR. ¡Blanca!
BLANCA. ¡Jorge! (*Con un grito de terror.*)
JOR. ¿Qué teneis?
BLANCA. El gozo... la sorpresa... (¡Dios mio! si llega á saber... si vé al Vizconde... su muerte tal vez...)
JOR. ¿No me aguardabais?
BLANCA. Verdad es...
JOR. ¿Pero me esperabais al menos?
BLANCA. ¡Oh! (*Yendo á él.*)
JOR. Blanca, veo lágrimas en vuestros ojos.
BLANCA. ¡Lágrimas!... es posible... ¿Y llegais ahora mismo?
JOR. Estoy en Baden hace doce horas.
BLANCA. ¿Y á quién habeis visto desde vuestra llegada?
JOR. A Susana, vuestra doncella, que antes lo era de Hermi-nia... y os advierto que no os fieis de esa muchacha.
BLANCA. ¡Ah!... ¿pero por qué no haberme avisado vuestro regreso?
JOR. No queria... Ha sido una tonteria seguramente... una falta tal vez...
BLANCA. ¡Una falta!
JOR. ¿Quién es ese Vizconde de Rosental?
BLANCA. ¿Por qué me preguntais eso?
JOR. Porque cuando me he presentado, asi que llegué, en vuestra casa, Susana me ha dicho que habiais salido con el Vizconde de Rosental.
BLANCA. Y con otras personas...
JOR. Susana no me ha dicho eso... Cuando he vuelto, al poco rato, no habiais regresado todavia; pero he sabido que el Vizconde debia iros á buscar para acompañaros al baile. ¡Otra vez y siempre el tal Vizconde! Hasta en estas salas, las primeras personas á quienes he pregun-

tado por la condesa de Noyan, me han contestado Rosental. ¿Qué lugar ocupa ese hombre en vuestra existencia?

BLANCA. Sois un celoso extremado.

JOR. No os riais, Blanca, porque estoy sufriendo, ¡os lo juro! (*Sentándose á su lado.*) Blanca, amor mio, responded. ¿Qué ha pasado en estos seis meses de separacion? ¡Conozco que ha sucedido algo! Vamos, decídmelo. ¿La ausencia ha sido fatal para el pobre expatriado?

BLANCA. ¡Jorge!...

JOR. Eso no seria un crímen; lo estamos viendo todos los dias... Se ama hoy y á la mañana siguiente...

BLANCA. ¡Me estais lastimando, Jorge!

JOR. ¡Pero no, no! Estaba loco... vos me amais aun, no habeis cesado de amarme!

BLANCA. ¡Oh! no, no... amigo mio, ¡nunca!

JOR. Pues entonces ¿por qué llorais? Es de alegria, ¿no es verdad? Si, y yo soy injusto; pero es que estoy quejoso de vos. ¿Por qué haber querido arrostrar sin mí los riesgos de Paris y los de esta ciudad de placeres? ¿por qué haber dejado el pacífico retiro en que vuestro honor y el mio estaban tan bien guardados?... ¡Oh!... por última vez, Blanca, ¿por qué llorais? (*Se levanta.*)

BLANCA. Vuestras quejas son las que me hacen llorar, Jorge, pero todavia es tiempo y puedo reparar la imprudencia que he cometido. Volvámonos á ese retiro de que me hablabais; vuestra madre nos espera: corramos á su lado... y no volveré á separarme de ella nunca. Quiero estar siempre entre ella y vos, Jorge. Venid, venid, partamos. (*Se dirige hácia el foro.*)

JOR. Aguardaremos á que sea de dia, Blanca.

BLANCA. No, no, partamos esta noche, os lo ruego.

JOR. Pero... ¿es decir que teneis algo que temer aqui? Vamos á ver... ¿á quién temeis? ¿quién tiene el poder de turbaros asi? ¿por qué estais temblando, por qué estais llorando, Blanca? y esas lágrimas no son por mí; corrian ya cuando yo he llegado.

BLANCA. (*Arrojándose en sus brazos.*) Jorge, os lo suplico, llevadme.

JOR. Blanca, nos marcharemos cuando yo haya visto al Vizconde de Rosental. (*Pasa al otro lado.*)

BLANCA. ¡Al Vizconde! ¿para qué?... ¿con qué objeto?

JOR. ¡Temeis que le vea! ¿Qué puede decirme?

BLANCA. Nada, nada... pero os lo vuelvo á suplicar, partamos, partamos.

JOR. ¡Blanca! (*Vacilando.*) ¡Oh! esta incertidumbre me mata! Es preciso que yo vea á ese hombre. (*Váse.*)

RAIM. (*Saliendo.*) ¡Mi bendita suegra me va á matar á fuego lento!

ESCENA X.

BLANCA, RAIMUNDO.

BLANCA. Señor Villiers... (*Viéndole.*)

RAIM. ¡Oh, señora! ¡Cuánta dicha!

BLANCA. ¡Estoy perdida! ¡Jorge Retel se halla aqui!

RAIM. ¡Y bien!

BLANCA. ¡Y bien! ¡Os digo que estoy perdida! Jorge anda buscando á Rosental.

RAIM. (*Mirando al salon de baile.*) Acaba de entrar en las salas de juego, conque no es fácil que le encuentre... y ademas, ¿eso qué importa?

BLANCA. ¡Ah! si... vos ignorais... Jorge tiene sospechas, ha visto mis lágrimas, me cree culpable... pero no lo soy, os lo juro.

RAIM. Vamos, serenaos.

BLANCA. El Vizconde ha jurado mi perdicion. Ha entrado en mi casa esta noche... yo no lo sabia... ¡Oh! por la salvacion de mi alma, no lo sabia... pero le han visto, y á estas horas quizás estoy sirviendo de hablillas en los salones, ¿no es cierto? ¿Qué dicen? Si Jorge llegase á oir... ¡Ay, Dios mio! ¡Creo que me vuelvo loca! (*Cae en un asiento. Sale Agustina.*)

RAIM. Pero no os comprendo. ¿De qué pueden acusaros?

BLANCA. De ser la querida del Vizconde de Rosental.

RAIM. ¿Vos?... ¡Quitad allá!... ¡Miente quien tal dijere!

BLANCA. ¡Oh! gracias. (*Levantándose.*) ¡Vos sois bueno! ¡Vos me creeis!

RAIM. ¡Pardiez! Ciertamente que os creo.

BLANCA. Pero esas hablillas que tal vez circulan... esas hablillas que pueden llegar á oidos de Jorge...

RAIM. Nosotros las haremos callar, os lo prometo. ... Venid conmigo.

BLANCA. Si, vos me defendereis, ¿no es verdad?... porque... os lo juro, soy digna de la estimacion de todos.

RAIM. Venid, señora: cuando calumnian á una mujer honrada, siempre hay algun hombre de corazon que la defienda; y cuando un hombre como yo os haya hecho sentar públicamente al lado de su mujer, os aseguro que la calumnia bajará la cabeza... Señora condesa, hacedme el honor de aceptar mi brazo.

BLANCA. Gracias, caballero, gracias.

AGUST. Blanca... (*Blanca la lanza una mirada de desprecio.*) ¡Ah! me desprecia... me insulta! ¡Bien!... yo no soy mala, pero me vengaré! ¡Cuánto interés toma este señor Villiers por Blanca!... ¿Por qué será?

ESCENA XI.

AGUSTINA, MADAMA MAUGRIN, BERTA, *despues* CAMILA, JORGE.

MAUG. Ven, hija. ¡Qué descaro! ¡Se han quitado la máscara! Le dije que eligiera entre ella y tú... y segun parece, ha elegido. (*Bajan al proscenio.*)

BERTA. ¡Oh! eso seria escandaloso...... pero yo no puedo creer aun...

AGUST. ¡Ay, hija mia! me alegraria poderos mantener en esa ilusion; pero despues de lo que acabo de presenciar yo misma...

BERTA. ¿Qué? (*A Agustina. Pasa á su lado.*)

MAUG. No la interrogues, hija; te haria mucho daño el oirla.

BERTA. ¡Es horrible... es abominable!... ¡Ay, mamá, yo me voy á morir de esta!

MAUG. No, no, hija mia; pero te vendrás conmigo, huiremos de ese mónstruo.

CAM. ¡Dios mio! ¿qué es esto? ¿qué pasa aqui? ¡Os hallo trastornadas!

MAUG. Si, señora, y por culpa de la tal condesa.

CAM. (*A Berta, que está llorando.*) ¿Qué es lo que ha pasado? Decid.

MAUG. (*Levantándose.*) Ha pasado que Raimundo, mi yerno, arrebatado de celos, ha dado un bofeton á esa Blanca; y ella, para probarle que no amaba mas que á él, le ha propuesto fugarse los dos.

BERTA. Pero, mamá, si no ha sido asi...

MAUG. Deja, deja, hija mia; yo conozco á tu marido: asi debe haber sido.

CAM. ¡Un rapto!

MAUG. (*A Berta.*) Ven, vámonos; tu puesto no es este.

BERTA. ¿Que me vaya? ¡Oh! no, no, quiero entrar en el baile... quiero ponerme frente á frente de ella... veremos si tiene la audacia....

MAUG. Entonces, te acompaño.

BERTA. (*Con dulzura.*) ¡No, madre mia!... ¡quiero ir sola... os lo suplico! (*Entrase en el baile.*)

MAUG. Me quedo tranquila... la opinion pública nos vengará en breve de esa mujer, porque todo el mundo la vuelve la espalda.... hasta esta señora, su amiga mas íntima. (*Señalando á Agustina.*)

AGUST. Yo no pongo mas los pies en su casa.

CAM. ¿Cómo? ¿habeis reñido?

AGUST. Ya comprendeis que no puedo vivir mas tiempo con una mujer de quien se dicen tales cosas.

MAUG. Cuando pienso en ese pobre jóven, que ha acertado á venir precisamente en el momento en que estan sucediendo estos escándalos... porque ya sabreis que está aqui....

CAM. Si, mi marido nos lo ha dicho.

MAUG. Llevar la audacia y la falta de pudor esa mujer hasta recibir por la noche, en su cuarto, al Vizconde de Rosental.

AGUST. ¡Pobre señor Retel!

MAUG. Y por si no es suficiente, querer además robarle el marido á mi hija.

JOR. Basta, señora. (*Levantándose bruscamente.*)

MAUG. ¿Cómo... basta?

JOR. Yo soy Jorge Retel.

CAM. (*Bajo á Carolina.*) El marino...

AGUST. Lo sabe todo, mejor. Voy á prevenir á Herminia.

JOR. (*A la Maugrin.*) He tenido la paciencia y el valor de escucharos, de dejarme desgarrar el corazon por algunos momentos... pero ahora os advierto que no quiero que se hable delante de mí de la condesa de Noyan

MAUG. Buen remedio.... Marchaos. Nadie os obliga á escucharnos.

CAM. (*A Agustina.*) Creo que no estamos bien aqui. (*Vánse silenciosamente durante lo que sigue.*)

MAUG. Me parece que yo puedo hacer reflexiones...

Jor. No, señora, delante de mí, no.

Maug. ¡Hola! ¡No faltaba mas! Sabed, caballerito, que por lo que á mí hace tengo la costumbre de decir lo que se me antoja.

Jor. ¡Señora, basta, os digo!

Maug. ¡Imponerme silencio á mí!... y cuando hablo de una loca que es causa de la desgracia de mi hija.

Jor. ¡Repito que calleis!

Maug. (*Gritando.*) ¡Cuidado con amenazarme!

Jor. ¿Callareis; sí, ó no?

Maug. (*Desaforada.*) ¡Es una infamia! ¡una iniquidad! ¡Insultarme á mí!...

Raim. (*Saliendo.*) ¿Por dónde andará mi mujer?

Maug. ¡Ah! ¡Raimundo! ¡Este hombre insulta á vuestra madre política!

ESCENA XII.

Dichos, Raimundo.

Raim. ¡Ea, bueno!

Jor. ¡Esta mujer está loca!

Maug. Ya lo ois, señor yerno.

Jor. ¿Vuestro yerno? ¿Es decir, que vos sois ese señor Villiers?

Raim. (*Sorprendido*). Si por cierto.

Jor. (*Con frialdad.*) Pues bien, entonces he insultado en efecto á vuestra suegra; ¿qué tenemos?

Raim. ¿Cómo qué tenemos?

Maug. ¡Ah! ¡si mi marido viviese!...

Raim. ¡Por Dios, que al decir que habeis insultado á mi suegra, lo haceis como si quisierais insultarme á mí mismo!

Jor. Tomadlo como querais.

Raim. ¿Eh? ¡vive Dios!... No creo que haya mas que una manera de tomarlo!

Maug. (*Con el ademan de las Sabinas.*) ¡Señores, deteneos!

Raim. (*A la Maugrin.*) Ea, dejadnos en paz vos ahora. ¿No decis que os insultan? Pues bien, yo estoy aquí; hacedme el favor de volveros al baile, y cuidado con decir una palabra á mi mujer.

Maug. Querido yerno... yo...

RAIM. (*Llevándosela.*) ¡Andad, voto á brios!
MAUG. ¡Ah! ¡Este es el golpe de gracia para mí!

ESCENA XIII.

RAIMUNDO, JORGE.

RAIM. Ahora, señor mio, tened la bondad de explicarme lo que esto significa.
JOR. Esto significa que vos os llamais Raimundo Villiers y yo Jorge Retel. ¿Comprendeis?
RAIM. No por cierto.
JOR. Pues bien, una vez que sois tan torpe de comprension...
RAIM. Vamos despacio, caballero. Vos buscais un desafio, no sé por qué; pero lo que hay de seguro es que habeis encontrado lo que buscabais. Ahora proseguid.
JOR. Esa mujer que sale de aqui ha dicho delante de mí, Jorge Retel, prometido esposo de la condesa de Noyan, que esta tenia dos amantes; vos y el Vizconde de Rosental.
RAIM. ¡Pues ha mentido!
JOR. Sea. Pero esas palabras, verdaderas ó falsas, han sido dichas por una persona de quien sois solidario, y os pido satisfaccion de ellas.
RAIM. Advertid...
JOR. ¿Teneis miedo por ventura?
RAIM. (*Violentándose.*) ¿Miedo yo? ¡Voto á tal! Esa palabra lo ha echado á rodar todo. ¿Quereis batiros? ¡Pues, caramba, nos batiremos!
JOR: Bien, enviadme mañana vuestros padrinos.
RAIM. ¡Ah! ¡perded cuidado, os irán á visitar! (¡Por vida de quién!... ¡Tener que batirme por mi suegra!) (*Váse.*)

ESCENA XIV.

JORGE, *á poco* HERMINIA *y* AGUSTINA.

JOR. Al Vizconde ahora: me han dicho que está en las salas de juego... (*Vá á coger su sombrero.*)
AGUST. (*A Herminia.*) Mirad, ahi le teneis.
JOR. ¡Ah! juro á Dios que cuando asome el nuevo dia Blan-

ca habrá de verter lágrimas por uno da los dos.

HER. (*Váse Agustina*) Está bien, dejadme.

JOR. (*Vá á salir y se encuentra con ella.*) ¡Herminia!

HER. (*Jorge saluda y va á retirarse.*) ¡Jorge!... ¿Qué es eso? ¿me dejais asi?

JOR. ¿Os acordais, señora, de las últimas palabras que me dijisteis el dia en que os supliqué que velaseis por Blanca? Me dijisteis: «Perded cuidado, Jorge, la condesa no se separará de mí un momento. ¿Dónde estabais vos, Herminia, cuando el Vizconde de Rosental estaba al lado de Blanca?

HER. (*Despues de un movimiento de alegria.*) ¿Qué decis?

JOR. Digo que todo lo sé, y que Blanca me ha engañado.

HER. ¡Blanca engañaros! Eso es imposible.

JOR. (*Con ironia.*) ¡Imposible!... si, es verdad. Vos no podeis saberlo, llegais en este momento; á pesar de haberme dicho que no os separariais nunca de ella.

HER. Teneis razon de acusarme, Jorge, soy culpable. Vos me habiais generosamente encargado que velara por vuestros amores, y me he dejado robar el tesoro que me encargasteis. ¡Soy culpable! Algunas veces, despues de pasar horas mortales al lado de mi rival que me confiaba sus secretos, sin reparar que con ellos me desgarraba el alma, me he retirado á mi cuarto para llorar á solas. En fin, á medida que se aproximaba vuestro regreso, he sentido disminuirse mi afecto hácia Blanca y crecer mi cariño hácia vos... ¡Oh! ciertamente que soy muy culpable, y teneis razon de acusarme!

JOR. ¡Herminia!

HER. Pero entended bien lo que os digo, Jorge, si os hablo asi, es porque no quiero que me aborrezcais despues de haberme amado quizás... porque no quiero que cuando sufrais, busqueis en otro lado consuelos ni afecto. Vamos, amigo mio, hablemos de ella.

JOR. (*Levantándose vivamente.*) ¡De Blanca! ¡no! ¡no! ¡nunca!

HER. Mirad no la acuseis ligeramente.

JOR. ¡Ligeramente! ¡Cuando hace un momento la he visto aqui, trémula y desolada á la sola idea de que yo pudiera encontrarme frente á frente con el Vizconde!

HER. ¡Jorge!

JOR. No, no, quiero hablar. Escuchad, Herminia. ¡Oh! no podeis negarme lo que voy á pediros. Mi madre os ha

querido siempre. ¡Se lo referiré todo, y os querrá mas todavia! y nos alejaremos los tres... iremos al extremo del mundo.

HER. (*Corre á abrazarle convulsivamente, y en seguida se detiene.*) ¡Jorge! ¡No! ¡no! ¡no os creo! Jorge, los celos os extravian y os hacen decir eso... ¡Pero es á Blanca, á Blanca á quien amais siempre!

JOR. ¡Ah! no me creeis. Pues bien, iré sin vos en busca de mi madre, y vos vendreis á reuniros con nosotros. (*Recordando de pronto y rectificando.*) Mañana asi que sea de dia me marcho... mañana á la tarde.

HER. ¿Y por qué á la tarde?

JOR. (*Con alguna vacilacion.*) Porque hasta entonces tengo que hacer varios encargos... una comision...

HER. Pero... Jorge... (*Sentándose y estallando.*) ¿No sabeis que he aprendido á leer en vuestros ojos, en vuestro pensamiento?

JOR. ¿Qué quereis decir?

HER. ¿Qué quiero decir? Que vais á batiros, Jorge.

JOR. ¡Yo!...

HER. Vais á batiros mañana temprano.

JOR. Pero creed...

HER. (*Con viveza.*) No os tomeis el trabajo de mentir. (¡Un duelo! ¡Oh! ¡no se me habia ocurrido esa idea!) (*Con resolucion y friamente.*) ¿Pero ya sabeis que no os dejaré batir?

JOR. Os repito, Herminia...

HER. ¡Batiros! ¡Vos! (*Sin escucharle y con una agitacion progresiva.*) ¡Y con ese hombre, con ese espadachin!... No, no quiero, ¿lo ois? Dijisteis en otro tiempo á mi amor que callara y mi amor se calló... Bien puede vuestro orgullo callarse ahora á su vez. ¡Morir! (*Casi delirante y cogiéndole una mano.*) ¡Ah! ¡Jorge!... (*Llorando.*) ¿Habeis jurado hacerme pasar por todos los sufrimientos?

JOR. (*Fascinado.*) ¡Herminia! ¡amada mia!

HER. (*Llorando y sonriendo tristemente.*) ¡Tu amada! ¡Oh! repite, repite esa palabra que me estasía. (*Con dolor.*) Y sin embargo, bien sé que me mientes y que te mientes á tí mismo!.. ¡Sé que mañana estarás á sus piés, y que retractarás esas palabras de cariño que mis lágrimas arrancan á tu compasion, pero no importa! Esta hora

me pertenece porque me amas en ella. ¡Mira! Todo lo que te pido por los martirios que me quedan que sufrir aun, es un juramento! Júrame que no te batirás con el Vizconde.

JOR. ¡Oh! ¡lo juro! (*Muy vivamente.*)

HER. (No es con él con quien se bate.)

RAIM. ¡Ah! ¡aquí está! (*Apareciendo.*)

HER. (¿Con quién será?)

RAIM. (*Bajo á Jorge.*) Por si no conoceis aquí á nadie, os he buscado dos padrinos.

JOR. Gracias. Soy con vos. (*Bajo á Raimundo.*) ¡Cuidado! (*Herminia ha reparado en ellos, y en el primer movimiento de Jorge.*)

HER. (Con este se bate.) Bien, Jorge, ya estoy tranquila. (*Bajo á él.*) Pero no estamos solos. Alejaos. Nos volveremos á ver luego. (*Sigue llena de ansiedad con la vista á Raimundo temiendo que se marche.*)

JOR. (*Bajo.*) Os dejo, Herminia; acordaos de lo que os he dicho. Quiero volver á ver á mi madre, con vos, solo con vos, entendeis? Queda convenido que vos ireis primero. ¿Me lo prometeis?

HER. (*Sin perder de vista á Raimundo, que busca siempre una ocasion de decir á Jorge que salga con él.*) Sí, sí, ya hablaremos de eso. A las doce me hallaré aquí.

JOR. Hasta esa hora entonces.

HER. ¡Adios! (*Jorge saluda y váse.*)

ESCENA XV.

HERMINIA, RAIMUNDO.

HER. (*Casi risueña.*) ¡Caballero, caballero!

RAIM. ¿Señora?

HER. (*Risueña.*) Tengo que haceros una pregunta.

RAIM. Estoy á vuestras órdenes, señora.

HER. Pero antes habeis de jurarme por vuestro honor que me direis la verdad.

RAIM. Os lo juro, señora.

HER. Mañana teneis un desafio con Jorge Retel.

RAIM. ¿Eh?.. ¡Sí, señora! ¡pero voto al diablo!.. ¡Esto ha sido un lazo!

HER. Poco importa.

RAIM. ¡Bravo!

HER. Es preciso que ese desafio no se efectúe.

RAIM. ¡Ah! ¡dispensad! Ya sé que sois amiga de la condesa de Noyan, pero yo no he jurado no batirme.

HER. Vais á jurarme eso tambien.

RAIM. ¡Oh! no.

HER. Ese duelo es imposible, porque si Jorge os ha ofendido, ha sido impulsado por los celos.

RAIM. A que ha dado origen una habladuria de mi suegra, y nada mas.

HER. Lo sé, y por lo mismo vengo á suplicaros que desistais de ese desafio.

RAIM. Señora, por mi parte lo haria con mil amores, porque no le tengo mala voluntad á ese mozo, pero...

HER. Vos habeis dado ya hartas pruebas de que teneis valor.

RAIM. ¡Oh! no es eso lo que me inquieta, pero ya se vé... si pudiera... (*Viendo al Vizconde.*) ¡Ah! ¡ya tengo un medio! (De ese modo no me batiré por mi suegra.) Señora, os doy mi palabra de honor de soldado... (¡Qué tonto! ¡Como si tuviera mas de una!) Os doy mi palabra de no batirme con Jorge de Retel.

HER. Gracias, caballero, me volveis la vida. (*Váse.*)

ESCENA XVI.

RAIMUNDO, *el* VIZCONDE.

RAIM. Llegais á pedir de boca, señor mio. Acercaos por acá.

VIZC. ¿Qué es?

RAIM. Lo siguiente: no tengo tiempo de andar en ceremonias. Mañana me bato con el señor de Retel por culpa vuestra.

VIZC. ¿Cómo asi?

RAIM. Como que han dado en decir que vos y yo somos amantes de la condesa... y el pobre mozo ha arremetido en medio de su rabia con el primero que ha encontrado al paso. Ahora bien, nada de esto hubiera sucedido sin vuestra escapatoria de la noche pasada.

VIZC. ¿Y qué? (*Con frialdad.*)

RAIM. ¡Hola! ¿no os da cuidado? Ved que difaman á una mujer... ¡y todo por vuestra culpa!

VIZC. ¡El mundo es tan maldiciente!

RAIM. ¿Es decir que vos no desmentis esas calumnias?

VIZC. (*Riendo.*) Aun cuando las desmintiera no me creerian.

RAIM. Pues ved qué cosa tan rara: aun cuando vos las afirmaseis yo no las creeria!

VIZC. ¡Señor Villiers!

RAIM. ¡Señor Vizconde!

VIZC. ¿Adónde quereis ir á parar?

RAIM. A deciros esto: puesto que yo he de batirme con alguno, prefiero que sea con vos mejor que con otro. ¡Está claro!

VIZC. Perfectamente... mañana me tendreis á vuestras órdenes.

RAIM. No, eso seria ya tarde. Esta noche hace una luna magnífica, y yo sé un sitio cerquita de aqui donde estaremos á gusto.

VIZC. Muy bien, tengo en mi casa espadas... No necesito mas tiempo que el de ir á cogerlas y os aguardo detrás de la casa de reunion. (*Se saludan.*)

RAIM. ¡Soberbio! Es negocio arreglado.

VIZC. (*Sonriéndose.*) (¡Este Villiers es un hombre precioso. Gracias á él, la condesa está ahora mas comprometida que nunca.) (*Váse.*)

RAIM. Pues, señor, mi suegra y mi mujer por un lado... el Vizconde y Retel por otro... ¡Vaya una vida agradable!

ESCENA XVII.

RAIMUNDO, FURETIERES.

FUR. ¿Cuál es la vida agradable? La de Baden ¿eh?

RAIM. Si, si, esa misma. (*Riendo.*)

FUR. ¿Es decir que os divertis mucho?

RAIM. Enormemente.

FUR. A propósito... ¿qué os hicisteis ayer?

RAIM. ¿Ayer?... Troné con mi suegra.

FUR. ¡Ah! ¿y esta mañana?

RAIM. He reñido con mi mujer.

FUR. ¡Ah! ¿y esta noche?

RAIM. Esta noche me bato con el Vizconde de Rosental... mañana me bato con Jorge Retel, y pasado mañana me batiré con vos, si gustais.

FUR. (*Estupefacto.*) ¿Eh?...

RAIM. He dicho. (*Váse*)

FUR. (*Volviendo de su asombro.*) ¡Este hombre es un Fierabrás!.. Voy á decírselo á Cotterau, para que se lo cuente á todo el mundo. (*Váse.*)

ESCENA XVIII.

DIANA y BLANCA, *juntas.*

DIANA. No, condesa, no os marchareis asi... me intereso demasiado por vos para consentirlo.

BLANCA. ¡Cómo!... ¿á pesar de lo que os he dicho?

DIANA. Sobre todo por lo que me habeis dicho. Si os marchais, si dejais á Baden, vale tanto como confesaros culpable; es lo mismo que dar la razon á todas esas malas lenguas. ¡Ah! si ese estúpido peluquero aleman no hubiese tardado tres horas en peinarme, yo hubiera venido antes y no habria sucedido esto... Yo le hubiera probado al señor Retel que es un tonto, y hubiera hecho cesar los chismes. Pero por fortuna no es caso desesperado todavia, y hay que hacer frente á la tormenta. ¡Oh! ya no os dejo hasta que vuestra inocencia sea reconocida por todos... Y en primer lugar, ¿sabeis lo que vais á hacer? Vais á confesar la verdad á Jorge.

BLANCA. ¡Confesarle la verdad! Pues si me he callado, Diana ¿sabeis por lo que ha sido?

DIANA. ¿Temiais un lance?

BLANCA. ¿No es ese por ventura el primer temor que asalta e corazon de la mujer que ama? Si, he temido por su vida... ¡Oh! estoy segura que hubiera habido un duelo á muerte entre él y el Vizconde.

DIANA. Pero con todo...

BLANCA. ¡Ah! ¡Él es! ¡Callad! (*Viendo á Jorge.*) Tal vez haya visto ya á Rosental.

ESCENA XIX.

DICHAS, JORGE, *despues* HERMINIA.

JOR. (*Despues de saludar á Diana y en voz baja á Blanca.*) Blanca, necesito hablaros por última vez, pero á vos sosola. Señora, nos dareis permiso... (*A Diana, que hace ademan de retirarse.*)

BLANCA. No, quedaos, Diana; os lo ruego. Podeis hablar delante de esta señora, Jorge.

JOR. Blanca, despues de reflexionarlo bien, me ha parecido indigno de mí preguntar al Vizconde lo que vos os habeis negado á decirme hace poco.

BLANCA. (¡No le ha visto!) (*Con alegria.*)

JOR. Por lo mismo he vuelto al momento á este salon con la esperanza de encontraros y decidido á tener una explicacion, la última, cuando la fatalidad me ha lanzado en medio de vuestras amigas.

BLANCA. ¿Mis amigas?

JOR. De esas mujeres en cuya sociedad vivis desde nuestra separacion. Pues bien, ¿sabeis lo que decian, señora? Decian que el Vizconde habia sido sorprendido saliendo de vuestra casa la noche pasada!

BLANCA. ¡Oh!

JOR. Mentian, ¿no es verdad? Decidme que mentian.

DIANA. ¡Si, si, mentian!

BLANCA. ¡Callad! (*Bajo*)

JOR. Lo creo, señora, pero quiero oírselo decir á ella misma... Vamos, Blanca, justificaos... probadme que esas gentes han mentido.

DIANA. (*Bajo.*) Blanca, yo tambien os lo suplico, hablad, hablad, ó yo misma diré...

BLANCA. (*Bajo.*) No, no, porque no quiero que peligre su vida.

JOR. Juradme por lo menos, que no es cierto que háyan visto al Vizconde salir esta noche de vuestra casa y os creeré.

BLANCA. Jorge, yo no puedo juraros eso, porque lo que han dicho es la verdad. Si, el Vizconde de Rosental ha entrado en mi casa, pero yo no le he visto... Ni siquiera he oido nada.

HER. (¡Ah! ¡otra vez con ella!) (*Saliendo y aparte.*)

JOR. ¿Entonces todo lo que de vos dicen es falso?

BLANCA. Yo no puedo deciros mas que una cosa, soy inocente y os amo.

JOR. ¡Oh! no espereis que os crea ya, señora.

BLANCA. ¡Jorge!

JOR. ¡Sois libre! me marcho, no me volvereis á ver mas. ¡Adios, adios para siempre! (*Váse.*)

BLANCA. ¡Dios mio! ¡amparadme! (*Dando un grito. Al grito de

Blanca, Herminia hace un movimiento como para correr á ella: en seguida se detiene bruscamente.)

HER. (¡Oh! ¡no! ¡he sufrido mucho por ella!)

ESCENA XX.

BLANCA, DIANA, HERMINIA.

DIANA. ¡Le deja marchar! Como soy que este establecimiento termal se ha vuelto una jaula de locos. ¡Hija mia, sois muy tonta!.. ¡Dejaros difamar por impedir un desafio! ¡Vaya una majaderia! Mi marido se ha batido veintidos veces, y está tan sano y bueno en Amréica. (¡Oh! pero yo he dicho que no me marchaba de aqui sin poner de manifiesto su inocencia, y he de salirme con la mia.)

HER. (¡Allí va, se aleja!)

DIANA. (*A Blanca.*) Querida, aguardadme aqui. ¡Corro en busca del marino, y os le traigo muerto ó vivo!

HER. (*Con alegria.*) (¡Por fin se ha marchado!)

DIANA. ¡Ah! ¿sois vos, amiga? Blanca está llorando, consoladla,

BLANCA. ¡Herminia!

ESCENA XXI.

HERMINIA, BLANCA.

BLANCA. ¿Eres tú? ¡Ah! ¿si supieses?.. ¡Soy muy desgraciada! Jorge me cree culpable, porque no me he atrevido á confesárselo todo... ¿Comprendes? yo no podia decirle que el Vizconde habia jurado mi perdicion para obligarme á casarme con él: hubiera sido provocar un duelo á muerte! Diana lo sabe, pero tú, tú en quien Jorge tiene tanta confianza, tú, que eres su amiga, le hablarás, buscarás el medio de convencerle sin que se exponga, y lo harás asi, y me salvarás, ¿no es verdad? porque me quieres de veras.

HER. ¡Yo! No tal, no. Yo no te quiero, ni te he querido nunca.

BLANCA. ¿Que nunca me habeis querido?

HER. ¿Qué me has hecho? Tú me has robado mi primero y único amor. ¿Tu Jorge?... Él me amaba á mí antes de amarte, y á no ser por tí, me amaria todavia... ¿com-

prendes ahora?

BLANCA. ¡Dios mio!

HER. Cien veces he estado á punto de arrancarme la máscara y lanzarte la verdad á la cara: pero si hablaba, perdia la esperanza de recobrar la felicidad que tú me habias robado, y por eso callé! Deberia seguir callándome, lo sé, pero ya no tengo fuerzas para ello. ¡No puedo resistir al inmenso júbilo de decirte por fin cuánto te amo y cuánto te aborrezco!

BLANCA. ¡Ah! ¡me dais miedo!.. (*Con terror.*)

HER. ¡Oh! ¡toma si quieres tus aires de paloma, no me importa! Me hablabas de tus sueños de felicidad destruidos. ¿No has destruido tú los mios? ¡Yo os he tendido un lazo, señora... á vuestro amor tocaba saberlo evitar! (*Blanca se oculta el rostro entre las manos.*) ¡Oh! ¿me debeis aborrecer mucho en este momento, no es verdad? (*Irritada por el silencio de Blanca.*) ¡Responded! ¡Responded!

BLANCA. (*Con dulzura.*) ¡No, señora, yo no os detesto, os compadezco! porque para haberme hecho tanto mal, es preciso que le hayais amado mucho á él, y si le amabais tanto, habeis debido sufrir en extremo. ¡En fin, sed dichosa! ¡Me habeis perdido! ¡Yo os he hecho sufrir! ¡Perdonadme como yo os perdono!

HER. (*Luchando contra la emocion que empieza á apoderarse de ella.*) (*Con despego.*) ¡Eh! Yo no necesito ni quiero vuestro perdon: ya habeis oido que os detesto, que os he detes ado siempre!

BLANCA. ¡No, siempre no, porque me acuerdo que últimamente me aconsejabais que me volviese á mis hogares! ¡Bien hacia yo en deciros entonces que tal vez allí habia yo comido mi pan de bendicion!

HER. (*Luchando con su emocion.*) ¡Esas lágrimas!...

BLANCA. ¡Oh! esas lágrimas hubiera querido reprimirlas; pero yo no soy tan fuerte como vos, ¡pobre de mí!.. (*Da algunos pasos y se vé obligada á detenerse.*)

HER. ¡Blanca! ¡Yo os lo pido! ¡No lloreis!

BLANCA. (*Levantando el rostro bañado en lágrimas.*) ¡Pero vos tambien estais llorando!

HER. (*No pudiéndose contener.*) Pues bien, si, estoy llorando!

BLANCA. ¡Herminia! (*Quiere arrojarse en sus brazos y se detiene con tristeza.*)

HER. ¡Blanca! ¡No sé lo que me pasa! ¡Yo esperaba vuestra cólera, vuestras maldiciones, no esperaba lágrimas!

BLANCA. ¡Oh! Debiais esperarlas sin embargo.

HER. Ahora lo conozco, es verdad; ¿pero qué quereis?... ¡Yo os juzgaba por mí, y la prueba es que, mirad, si vos me hubieseis hecho el mal que yo os he hecho... creo... si, creo que os hubiera matado!

BLANCA. ¡Oh!

HER. ¡Ya veis que no nos parecemos, porque vos sufriais sin acusarme, y os moririais sin maldecirme!

BLANCA. ¡Es verdad!

HER. ¡Oh, lo que he hecho es infame! porque vos me queriais, pobre amiga, ¿verdad que me queriais?

BLANCA. ¡Si, mucho!

HER. ¿Y ahora me aborreceis?

HER. ¿Yo?... ¿No lo habeis oido?... ¡Yo no sé aborrecer!

HER. ¡Sois feliz! Porque hace mucho daño. Ea, no lloreis mas, no quiero. (*Enjugándose los ojos.*) ¡Yo repararé el mal que os he hecho!

BLANCA. ¡Es imposible!

HER. (*Con una especie de fiebre.*) ¡Dejadme en paz!... ¡Cuando os digo que lo repararé!.. Vamos, secad esas lágrimas! (*Sonriéndose.*) Deciais que yo era fuerte... ¡Ah! ¡con vuestra debilidad vos sois mas fuerte que yo!

ESCENA XXII.

DICHAS, JORGE, DIANA, *despues* BERTA, MADAMA MAUGRIN, *luego* RAIMUNDO.

DIANA. Venid, caballero, venid; os digo que tenemos que hablaros, porque os lo juro de nuevo, si os marchais asi, vais á tener remordimientos eternos!

JOR. Señora...

BLANCA. (*Viéndole.*) ¡Jorge!

HER. (*Corriendo á Diana.*) ¡Gracias, gracias, amiga mia, por haberle traido!

BLANCA. ¿Qué quereis hacer?

HER. (*A Jorge.*) Dejadme. Blanca de Noyan ha sido víctima de odiosas calumnias, y esas calumnias he sido yo la que las ha inventado.

JOR. ¡Vos!

HER. Acordaos de lo que pasó entre los dos hace seis meses,

vos heristeis mi orgullo, y el odio reemplazó en mi corazon al amor. ¡Juré vengarme y me he vengado! Pero la he visto desgraciada, y mi cólera se ha desvanecido ante sus lágrimas! Jorge, yo sola soy culpable, y Blanca es siempre digna de vos.

JOR. ¡Blanca!

BERTA. (*Saliendo.*) ¿No habeis visto por aqui á mi marido? ¡Dios mio! Estará herido... muerto quizás.

MAUG. (*Idem.*) ¡Ah! ¡es horroroso!... ¡Sufrir estas emociones á mi edad!

JOR. ¿Vuestro yerno se bate?

DIANA. ¿Con quién?

BERTA. Con el Vizconde.

JOR. Pero ese hombre me pertenece, y corro...

RAIM. (*Saliendo.*) No os tomeis ese trabajo.

BERTA. ¡Mi marido!.. (*Raimundo la abraza.*)

MAUG. ¿Y yo no soy nadie?

RAIM. ¡Buena es esa!... Perdonad, caballero, pero vos me gustabais, y he preferido batirme con el Vizconde, que me disgustaba, antes que le hubiese dado una estocada.

JOR. ¿Cómo?

RAIM. El Vizconde se ha conducido como debia. En presencia de los señores Cotterau y Furetieres, que han tenido la bondad de servirme de padrinos, ha declarado por su honor de caballero, que la condesa de Noyan era la mas pura de las mujeres.

BLANCA. ¡Ah!

DIANA. (*A Jorge.*) Vamos, ¿qué aguardais?

JOR. ¡Mi perdon!

HER. Pues bien, pedidle.

JOR. ¡Blanca mia!

BLANCA. ¡Chist!... ¡delante de ella, no!

HER. (*Dándola la mano y en voz baja.*) ¡Gracias! amiga mia... estoy pagada. (¡He hecho cuanto sacrificio puede hacer una mujer.. por su felicidad he renunciado á la vida, he renunciado á mi amor!)

RAIM. ¿Conque estan hechas las paces?

MAUG. ¡Desde hoy os abandono á mi hija!...

RAIM. ¡Pues preparaos á ser abuela! (*Cogiendo á Berta del brazo.*)

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta obra dramática, no hallo reparo alguno en que su representacion se autorice.

Madrid 20 *de Mayo de* 1858.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

NOTA.

La demasiada extension del primer acto me ha decidido á hacer la variante que va á continuacion, á fin de que los directores de los teatros de provincia puedan optar por una ú otra division de la obra. Tambien he reducido el número de los personajes de mujeres á los absolutamente indispensables para el desarrollo de la accion.

ISIDORO GIL.

VARIANTES DEL ACTO PRIMERO.

ESCENA V.

HERMINIA *sola, á poco* SUSANA.

HER. (*Da algunos pasos inciertos por la habitacion, y en seguida abre el otro balcon, diciendo.*) ¡Se ahoga uno aqui! ¡Oh! yo necesito aire... movimiento. (*Tira violentamente de la campanilla. Susana y Gervasio aparecen por la izquierda. A Gervasio.*) Mandad que ensillen inmediatamente á Titania.

SUS. ¿Vais á montar á caballo, señora?

HER. Si.

SUS. Es que está lloviendo á cántaros.

HER. ¡Mejor! asi se me refrescará la sangre. Despacha. (*Susana vuelve á marcharse rápidamente por la izquierda. Herminia encuentra á la mano el paquete de cartas, abre una, la pasa por la vista; en seguida la achucha encogiéndose de hombros, y las arroja todas á la lumbre.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

VARIANTE DEL ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

HECTOR, HERMINIA. *Hector de pie, en el foro, leyendo un periódico. Herminia viene por el foro, derecha, en traje de montar y mojada. Se acerca á la chimenea, á la cual arroja el látigo y los guantes.*

HEC. ¡Ah, ya estais aquí! ¿Qué singular capricho os ha entrado de salir á caballo con el tiempo que hace?

HER. Un capricho como otro cualquiera. ¡Pobre Titania! La traigo cubierta de sudor.

HEC. ¿Habeis ido á acompañar á Jorge Retel?

HER. No.

HEC. Vamos, ¿y qué hay?

HER. ¿Qué ha de haber?

HEC. ¿Habeis quedado satisfecha de la entrevista?

Sigue desde aquí la escena VI del acto primero hasta el final, que lo será del segundo.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Liricas de la Galeria

EL TEATRO.

l cabo de los años mil...
mor de antesala.
belardo y Eloisa.
hogarse à la orilla.
larcon.
ngela.
fectos de odio y amor.
rcanos del alma.
mar despues de la muerte.
l mejor cazador...
chaque quieren las cosas
mor es sueño.
caza de cuervos.
caza de herencias.
mor, poder y pelucas.
mar por señas.
l pié de la letra.

onito viaje.
oadicca, *drama heróico*.
atalla de reinas.
erta la flamenca.
ienes mal adquiridos.
Baltasar.

añizares y Guevara.
osas suyas.
alamidades.
omo dos gotas de agua.
on razon y sin razon.
ómo se rompen palabras.
onspirar con buena suerte.
Chismes, pariéntes y amigos.
on el diablo á cuchilladas.
ostumbres politicas.
ontrastes.
atilina.
árlos IX y los Hugonotes.

os sobrinos contra un tio.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
). Primo Segundo y Quinto.
)on Sancho el Bravo.
)on Bernardo de Cabrera.
)os artistas.

El amor y la moda.
Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.

El querer y el rascar....
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
Esperanza.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
Espinas de una flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Caballero del milagro.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El jitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.
El amor y el interés.
Este cuarto se alquila.
El Patriarca del Turia.
El rey del mundo.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo de Amberes.
El ciego.

Furor parlamentario
Faltas juveniles.
Flor de un dia.

Grazalema.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.

Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Julieta y Romeo.

Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles ó la linda vivandera.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspuedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La hidrofóbia.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el Espejo.
La Banda de la Condesa.
La Esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La Gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las Flores de Don Juan.
Las Apariencias.
Las Guerras civiles.
Lecciones de Amor.
Las dos Reinas.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
Las Prohibiciones.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La bondad sin la experiencia.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La vida de Juan Soldado

La llave de oro.
La Providencia.
Los tres Banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La cruz en la sepultura.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
Los tres amores.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
La pluma y la espada.
La Vaquera de la Finojosa.
La flor del valle.
Los pobres de Madrid.
Libertinaje y pasion.
Libertad en la cadena.
La planta exótica.
La paloma y los halcones.
Las mujeres.
Las mujeres

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mariana Labarlú.
Mucho ruido y pocas nueces.
Martin Zurbano.
Mocedades.
Marta y Maria.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre timido.
Nobleza contra nobleza.
No es oro todo lo quo reluce.

Olimpia.

Paco y Manuela.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Por una hija!...
Propósito de enmienda.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Por la boca muere el pez.

Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!

Rival y amigo.

Su imágen
Similia similibus curantur, ó un clavo saca otro clavo.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética
Una noche en blanco.
Un par de guantes.
Una ráfaga.
Uno de tantos.
Una noche en Trifueque.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
Un dia de prueba.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Una broma de Quevedo.
Un si y un no.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura do Tirso.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.

Ver y no ver.
Verdades amargas.

Zamarrilla, ó los bandidos d Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
Aidé.

Buenas noches, vecino.
Beltran el aventurero.

Clavevina la Gitana.
Cupido y Marte.
Citas, enredos y bromas, ó el carnaval de Madrid.
Cosas de D. Juan.
Cuándo ahorcaron á Quevedo.

Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.

El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El Grumete.
El calesero y la maja.
El Vizconde.
El perro del hortelano.
El secuestro de un difunto.
El lancero.
El delirio (drama lírico).
El dominó azul.
El mundo á escape.
El novio pasado por agua.
El diablo en el poder.
El esclavo.
El relámpago.

Guerra á muerte.

Juan Lanas.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*La música.*)
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en palacio
La Dama del Rey.
La Colegiala.
La espada de Bernardo.
La caceria real.
La huérfana.
La Jardinera.
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
Los jardines del Buen Retiro
Loco de amor y en la córte.
Los diamantes de la Corona.

Mateo y Matea.
Mentir á tiempo.
Marina.

Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por conquista.

Simon y Judas.

Tres madres para una hija.
Tres para una.

Un sobrino.
Un dia de reinado.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. cuarto segundo de la izquierda.